

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 20 de Junio

Núm. 23

Año XII. No. 543

SUMARIO

La dictadura cubana apuntalada por Wall Street.....	Emilio Roig de Leuchsenring	Sentido americano del disparate.....	Mariano Picón-Salas
Tres recuerdos de Petrarca.....	Persiles	Marañón.....	Manuel Gabarain
Otra charla con Gissing (y 2).....	Rafael Estrada	Loreley, novelista y poetisa mexicana.....	Alfonso Fabila
La elección de Mr. Doumer.....	Fernando González	Poesías.....	Loreley
Bibliografía titular.....		El caso memorable de Tiberio Graco.....	Juan del Camino
Bananos y hombres (4).....	Carmén Lyra	El nuevo Reichstag.....	Corpus Barga
Dos libros de Picón-Salas.....	Rómulo Belancourt		

La dictadura cubana apuntalada por Wall Street

—Envío del autor—



Trapiche de caña. En Olancho, Honduras.
Trabaja con bueyes.

(Cortesía de Henry Lepidus)

Como en otras ocasiones, análogas, también, ahora, en la actual crisis cubana hemos visto aparecer la planta maldita del intervencionismo, y durante las últimas semanas han estado creídos muchos cubanos que la solución o el remedio a nuestros males, que la caída del actual desastroso gobierno, nos iba a venir de Washington. Se creía al Embajador yanqui emisario de un ultimatum de su gobierno para el Presidente en funciones. Día tras día, se esperaban ansiosamente las noticias de Washington. Se escudriñaban las visitas, conversaciones, actitudes del Embajador. Y al no producirse el tan esperado acontecimiento, esos ingenuos creyentes terminaban por perder la fe y la confianza en el Todo Poderoso norteamericano, y desorientados, se preguntaban: Pero, ¿no es verdad que ya Washington ha variado su política respecto a Cuba, y que lejos de apoyar, como en 1917, al gobierno constituido, hoy, por el contrario, no le presta protección y ayuda?

Ya que mis compatriotas continúan siendo tan cándidos o tan ciegos que esperan todavía de Washington favores y bienandanzas, remedios y soluciones para nuestros males y dificultades, voy, ¡por millonésima vez!, a desengañarlos del error en que se encuentran, presentándoles la verdad sobre la actitud presente del gobierno norteamericano respecto a Cuba.

Es cierto, desde luego, que la Cancillería americana ha expresado que no apoya hoy incondicionalmente al Presidente cubano en funciones, como incondicionalmente apoyó en 1917 al Presidente Menocal, y que ha vuelto aquélla a la recta interpretación del artículo III de la Enmienda Platt, a la interpretación Root, eliminando toda intromisión en los asuntos internos de Cuba y dejando en libertad a los cubanos para que resuelvan por sí mismos sus problemas. Y es cierto que hasta ha llegado a declarar Mr. Stimson que su gobierno sólo intervendría en el caso de una revolución prolongada que trajera un estado de anarquía, estando dispuestos a reconocer un gobierno que ofreciera garantías de aca-

tamiento por todo el país y poseyera condiciones, de autoridad suficientes para sostenerse en el poder; tal como observara la Cancillería norteamericana en los cambios de régimen por medio de revoluciones ocurridas últimamente en varias repúblicas hispanoamericanas.

Es también cierto que Mr. Stimson ha hecho público el propósito de Mr. Hoover de desvanecer la fama de pueblo imperialista que tiene desde hace tiempo Estados Unidos.

Todas esas declaraciones han sido, ciertamente, expresadas, pero no son, en realidad, más que palabras, vanas y mentirosas palabras, con las que se trata de

ocultar o disimular la verdadera actitud del gobierno de Washington, ayer y hoy, que no han pensado siquiera modificar sus actuales gobernantes, y que es imposible que modifiquen mientras Norteamérica sea la máxima potencia capitalista de nuestro Continente. ¿Puede creer alguien de sólo medianas inteligencia y cultura, que Washington se proponga de buena fe abandonar su actual congénita política imperialista?

Únicamente a los niños y a los tontos puede engañar Mr. Stimson con esas hipócritas declaraciones.

Mientras la «democracia» norteamericana esté gobernada más que por Washington por Wall Street, o por el íntimo consorcio de uno y otro; mientras en Norteamérica, dinero y Estado, según la frase de Richard Lewinsohn, sean «una y la misma cosa»; mientras en Norteamérica, partidos políticos, Ejecutivo y Congreso, resulten, en realidad, según dicho crítico, «estructuras huecas y sonoras», resonadores que reproducen lo que las grandes empresas capitalistas les vocean; mientras Norteamérica continúe de acreedora del mundo; mientras Uncle Sam continúe desempeñando el papel de Uncle Shylock... Norteamérica será potencia imperialista.

Y como potencia imperialista, su acción en las Repúblicas hispanoamericanas se mostrará, en lo adelante, tan funesta para ellas como hasta ahora ha sido, aunque aparentemente no intervengan de manera expresa en sus asuntos internos.

Y en cuanto a Cuba, es Washington responsable de que haya surgido y de que aún exista la actual dictadura.

De nada sirve que la Cancillería americana declare que deja en libertad a los cubanos para quitarse de encima a sus actuales desgobnantes, si previamente los ha estado sosteniendo, contra el pueblo de Cuba, con dinero, facilitándoles, además, armas y pertrechos para defenderse, mientras a la oposición se le negaban la sal y el agua, y ahora, cuando el gobierno está fuerte en intereses creados en Wall Street y fuerte en prepa-

ración bélica, Mr. Stimson suelta a gobierno y oposición en el *ring* y le dice a está: «Puedes luchar libremente, que, no apoyaré al gobierno». ¿No parece esto una cruel burla de Mr. Stimson?

Además, la actual dictadura cubana se encuentra sostenida por Washington, a través del apoyo que Wall Street le presta, con su influencia sobre el Partido Republicano.

El desgobierno cubano actual ha perjudicado, desde luego, con sus errores y sus desaciertos, importantes inversiones norteamericanas; pero éstas son las menos y no se encuentran en una sola mano, sino diseminadas, y por lo tanto, debilitadas en su actuación.

En cambio, existe una poderosa empresa monopolizadora capitalista, que ha crecido y se ha desarrollado en Cuba al calor de la actual dictadura, y en la que ésta encuentra su más firme sostén: la *Electric Bond and Share*, que es la que en realidad controla la *Compañía Cubana de Electricidad*, que de cubana no tiene sino el nombre. Con la complacencia y complicidad del gobierno, esté monopolio ingresa en sus cajas, por medio de tarifas elevadísimas, sumas fantásticas; lo que no podría realizar si el gobierno defendiera al pueblo consumidor y se preocupara de la situación económica y financiera del país.

Ese monopolio, interesado en que las cosas no cambien, respalda y apoya en Washington la actual situación cubana, por su poderosa influencia sobre los gobernantes yanquis, por su unidad al actuar frente a las protestas que puedan surgir de otros intereses norteamericanos no favorecidos, sí, pero pequeños y aislados.

Además, la *E. B. and Sh.* tiene lazos íntimos y firmes con el *Chase Bank*, mediante el cual logró el gobierno 80 millones para los empréstitos o financiamientos de Obras Públicas, que hoy pesan sobre el contribuyente y sobre el pueblo.

Tan es de fuerte y de influyente en Wall Street la *E. B. and Sh.*, que al lograr para el *Chase* esos empréstitos desplazó al que hasta entonces era el banquero de Cuba: *J. P. Morgan and Co.*

El Plan Chadbourne se ha utilizado, también, para que Wall Street-Washington respalden la dictadura cubana, porque dicho Plan no ha servido para beneficio de Cuba, sino exclusivamente para favorecer a las instituciones de crédito yanqui que tenían pignoradas fuertes cantidades de azúcar a precio mayor que el de cotización y que por la acción del tiempo mermaban en su valor. Esas instituciones bancarias han recibido, en cambio, bonos de la República de Cuba con un interés fijo—que no producía el azúcar almacenado,—echándose así sobre las espaldas del pueblo cubano un servicio anual de interés de más de dos millones de pesos, con la agravante de que la desvalorización del azúcar almacenado o la baja del precio del grano podía soportarlo el país, y ahora, además, paga Cuba la pérdida que la banca yanqui hubiera sufrido y de que la ha salvado el Plan Chadbourne, afectándose de manera directa y grave nuestra economía nacional por la emigración del

capital que representa el menor valor del azúcar. La única finalidad del Plan Chadbourne fue salvarlo a los bancos sus inversiones, y la mejor prueba de ello es que el padre del Plan Gutiérrez-Chadbourne, acaba de declarar, ante el fracaso del precio del dulce, que «después de 60 años sólo sabe que no sabe nada de azúcar». ¡Lástima grande que no se convenciera de ello cuando aún no estaba firmado el plan ni comprometida Cuba a pagar esas cantidades!

Todas estas facilidades que han encontrado para arraigar y desenvolverse en Cuba empresas capitalistas monopolizadoras y bancarias, tan poderosas como las ya mencionadas; toda esta protección que para salvar sus inversiones azucareras han tenido las instituciones de crédito yanqui mediante el Plan Chadbourne, obligan a unas y a otras, no por agradecimiento, sino por interés y propia defensa, a no protestar ante Washington contra las arbitrariedades, abusos, atropellos, errores, desaciertos e injusticias cometidos por la actual dictadura, porque esas empresas capitalistas tienen vía libre para actuar y desenvolverse en sus operaciones y negocios contra las necesidades y los intereses del pueblo cubano.

Dictadura e imperialismo se dan la mano, y unidos marchan en nuestros pueblos de Hispanoamérica, en su obra de explotación y destrucción.

Contra imperialismo y dictadura—no contra ésta sola, que si sola se encon-

trara le sería imposible vivir,—tienen que luchar nuestros pueblos si quieren salvarse.

Washington-Wall Street no llevarán jamás ni justicia ni libertad a nuestros pueblos. Sólo han buscado y buscan la defensa de sus intereses. Y quienes mejor sirven éstos, son nuestros malos gobernantes y políticos. A ellos apoyarán mientras les sirvan. Sólo al propio esfuerzo deben confiar nuestros pueblos la solución de sus problemas; sólo por el propio esfuerzo deben sacudirse las dictaduras que padecen.

Aprendan alguna vez esto los cubanos. Y no olviden tampoco que la dictadura no es sólo el dictador. Que la dictadura es una gran sociedad anónima, en la que el dictador es sólo el Presidente de la misma, y que hay otros accionistas nativos y extranjeros—Congreso, caciques y *leaders* políticos, altos funcionarios del Estado, Ejército, bancos, *trusts* y empresas capitalistas, latifundios, etc.—tan poderosos como dañinos, a los que también es necesario abatir.

Mal gravísimo ha sido para Cuba la dictadura; pero es el imperialismo yanqui, no por extranjero, sino por explotador de las clases populares y trabajadoras, por aliado y protector de los explotadores nativos—capitalistas, políticos y gobernantes,—el mal de los males que padece nuestro pueblo y del que necesita liberarse, ahora y para el mañana, como el propio pueblo americano lucha denodadamente por liberarse.

Emilio Roig de Leuchsenring

Persiflage

Tres recuerdos de Petrarca

—Colaboración directa—

Para el doctor don *Pedro Henríquez Ureña*,—gloria del humanismo en la América Hispánica, catedrático en la argentina Universidad de la Plata,—porque me llegan noticias de que se apresta para las lides de la política en su patria, la República Dominicana.

De que envejezco son prueba los distintos modos que en mi vida he tenido de recordar a Petrarca. Cuando era estudiante, mientras me preparaba para responder con acierto a las preguntas necias que respecto del poeta podría ocurrírseles hacerme a los examinadores oficiales, recordaba, en lo íntimo del alma mía joven, al amador de Laura, en su juventud también, aquella mañana venturosa del 6 de abril de 1327 cuando, en la iglesia de Santa Clara, en Aviñón, vio por primera vez a la llama eterna de su vida, y su edad floreció—*Ch'era dell'anno, e di mi'etate aprile*—con flores cuyo color y cuyo olor perduran frescos todavía.

Nada de Petrarca me preguntaron en el examen de literatura, y si fui aprobado con la mejor nota posible, no se debió—¡cómo me alegro de ello!—a que, sobre el poeta que aún ahora logra llenarme el alma y los oídos y la boca de dulzura, hubiese dicho ninguna de las majaderías pedantes que halagan a los examinadores. Alguien querrá saber qué, si hubiese tenido el valor y la opor-

tunidad de decirlo, hubiera dicho de Petrarca en el examen. No soy tan viejo que lo tenga en olvido. ¡Curioso lector, que me hurgas el corazón revolviendo recuerdos, curioso lector que yo imaginol, a los señores examinadores, tan tiesos de importancia, y tan ávidos de lucir lo que ellos sabían más bien que de averiguar lo que el reo de aprendizaje podía haber cometido de saber, yo les hubiera dicho que, por causa del *Canzoniere* el Deseo me pintaba sólo mujeres rubias, de cabellera suelta al viento.—*Erano i capei d'oro all'aura sparsi*,—no mayores de diecinueve años, y esposas de algún gran señor.

Con la edad se me fue apagando el sol, y la luna de la ambición se alzó, dentro de mí, al ser nombrado profesor de mi Escuela—¡luna vedada para quienes sólo podían ver el sueldo que iba a ganar! Yo fui ambicioso. Yo creí que podría elevarme en la cátedra, y dominar el respeto del pueblo—¡yo creía en el pueblo!—y cosechar, uva de altura, la admiración, vino el que más embriaga. ¡Qué mareas no levantó en mí ese apa-

sionamiento! Y Petrarca era frecuente en mi recuerdo, recordándolo en la mañana de otro abril, el del 1341, cuando, entre las columnas del Capitolio, frente a la revuelta muchedumbre de plebeyos y patricios que lo vitoreaban, recibía, de manos de un senador romano, el lauro inmortal. ¡Cuánta pobreza, cuánta miseria, había sufrido yo, tesoneramente, sin embargo, empeñado en escalar la cumbre santa, de aire claro, donde danzan las Musas! Y me proponía, por eso, hacer, yo también, el discurso del día de mi glorificación, sobre estas palabras de Virgilio que habían sido el tema del discurso de Petrarca:—

*Sed me Parnassi deserta per ardua dulcis
Raptat amor.*

Cuando pienso en mis sueños de entonces, me encolerizo conmigo mismo por no haber comprendido que el camino de la política, que es el que debía haber tomado, no resuena con cantar de Píeride ninguna sino con el eco del de las sirenas de la demagogia. Ya puede el soberano Congreso legislar devolviendo la voz del catedrático al concierto del clamor político, que, a pesar de ello, poca fuerza tendrá, si algún gran cambio no ocurre, lo que diga un profesor costarricense. Don Justo ha visto peligros indefinidos en la participación en la política de los hombres amarrados por el estómago a la tarea de enseñar, y don Justo es el Ministro de Educación Pública, de quien, en último término, depende cuántos centavos hemos de ganar los maestros de los colegios superiores. Gilbert Murray es profesor regio en la Universidad de Oxford, y político activo en las filas del liberalismo británico, y Oxford continúa manteniendo, en el mundo angloparlante, la tradición muy suya, esplendorosa por cierto, que le imprimieron los tiempos de Guillermo de Occam y los del Cardenal Newman. John Dewey es catedrático, jefe del Departamento de Filosofía, en la Universidad de Columbia, y sin bajar de su cátedra escribe para *The New Republic* artículos filosóficos en los que hace la anatomía de los viejos partidos políticos y pregona la urgencia de organizar un nuevo partido—partido que ya se organiza, con él a la cabeza,—y, eso no obstante, la Universidad de Columbia no ha perdido ni un ápice en dignidad ni en prestigio. Pero nosotros estamos como en la España de nomasito ayer, anterior a la actual República, la España que expulsaba del país o encarcelaba dentro de él a los profesores que se metían en política. Los diputados—no son todos los diputados—del soberano Congreso que desean devolverles a los maestros sus derechos ciudadanos, lo hacen porque se figuran que el magisterio como un solo hombre estará del lado que a ellos —a esos diputados—por el momento les conviene. Don Justo no pretende ser sostén de un sistema eminentemente antidemocrático; sería alta incorrección pensar tal cosa de él; se le conoce demasiado en todos sus aspectos para dudar de que a la democracia le profese un afecto sincero. Tal afecto no es de su parte, sin embargo, lo suficientemente hondo para

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

que por la democracia llegue al sacrificio. La tragedia de don Justo—todo hombre tiene su tragedia—es tener, como buen humanista, un dominante deseo de reposo, y no alcanzar jamás reposo alguno: por el reposo se inquieta, por el reposo se desvela, por el reposo mata al reposo mismo; y, al opinar en público en contra del proyecto de los diputados tendiente a restablecer los derechos políticos de los maestros de Costa Rica, lo que pretende es, únicamente, evitarse dolores de cabeza; por evitárselos es capaz de romperse los sesos: no, don Justo no cederá: el hombre es terco. Ante situación semejante, lo conducente sería hacer los maestros caso omiso del Ministro, aprovechar la actitud romántica del Congreso, y, obtenido el derecho a romper lanzas en el campo político, entrar de lleno a formar un soviet, que es la forma que mejor conviene a cualquier partido que sea verdaderamente nuevo, pues para partido a la antigua falta dinero, falta demagogia y falta desvergüenza.

El párrafo me ha resultado largo. Se me apagó la pipa. Me quité las gafas (¿he dicho ya que necesito gafas para leer y para escribir?), volví a encenderla y, fumándola, me puse a meditar. He estado pensando en los maestros que conozco: en los capaces de entender lo que digo, y en los incapaces de entenderme. Unos y otros me llenan de dudas buenas, y de dudas malas. Los hay torpes, los hay burriciegos, los hay purísimos bueyes, que seguirán mansamente al más

INDICE



Doce libros interesantes:

José Eustasio Rivera: <i>La Vorágine</i>	5.00
Teodoro Celms: <i>El idealismo fenomenológico de Husserl</i> . Edic. de la "Revista de Occidente". Madrid.	7.00
Antonio Espina, Benjamin Jarnés, etc.: <i>7 virtudes</i>	3.50
Pfo Baroja: <i>La estrella del Capitán Chimitista</i> . Novela.	3.50
Heinrich Mann: <i>El súbdito</i> . Novela.	5.00
Felipe Villaverde: <i>Memorias del Canciller Príncipe de Bülow</i>	7.00
A. Gabor: <i>Espías y saboteadores</i> . El proceso de los ingenieros de Moscú.	3.50
Martín Luis Guzmán: <i>El águila y la Serpiente</i> . Novela.	3.50
Eugenio d'Ors: <i>Hambre y sed de verdad</i>	3.50
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . Ensayo Político Social.	4.00
Cornelio Hispano: <i>Los cantores de Bolívar</i>	6.50
Juan Papini: <i>Historia de Cristo</i>	6.00

Solicítelas al ADR del Rep. Am.

marrullero de los políticos viejos; los hay que se pasan de vivos; que tienen ojos de ratón y olfato de ratón y rapidez de movimiento de ratón, maestrillos roedores, que se harán del bando del hombre que cuente con los cuarteles; y, finalmente, hay los puritanos que, por no manchar la pureza a que se aferran con mística pasión de monja, rehuyen todo contacto con quienes no son tan puros como ellos: esperan que baje el Reino de los Cielos y se haya hecho la Voluntad Divina para hacer ellos algo. Pensando estoy cómo se han dejado quitar a Bolívar esos puritanos. Bolívar es una fuerza, una fuerza espiritual que ellos, los puritanos, mejor que nadie están capacitados para comprender y llamados a emplear. A Bolívar lo tienen en Costa Rica secuestrado unos señores que se reúnen en el Teatro Nacional de San José, entre quienes se ha repartido unas cartulinas impresas en las imprentas del tirano de Venezuela y a quienes se les ha prometido unas medallitas acuñadas, con la efigie del Libertador, en la casa de moneda del mismo insolente verdugo de la Libertad Venezolana. Los puritanos podrían rescatar a Bolívar, hacer suya la *Sociedad Bolivariana de Costa Rica*, romper las cartulinas, y refundir las medallitas para hacer balas con qué decirle al tirano lo que los hombres puros opinan de su insolencia. Pero los puritanos tienen melindres, y escrúpulos, y, por no codearse con uno que otro impuro, dejan que la figura del Libertador ande en manos de tontos, alcahueteando indignidades.

«Pues no podemos tratar de política, hablemos de la vida del prójimo. Es una compensación como otra cualquiera.» escribía, en 1884, en una Cuba aún no independiente, el prócer cubano siempre brioso y cortante y definido, Enrique José Varona. Yo no trato de política. Quiero llegar a viejo, y recoger pensión, y retirarme cerca de Gissing a leer mi San Agustín en calma. Alguna galleguilla desdentada encontraré, que me haga compañía, y me frote alcohol en las espaldas, y me traiga, humeante y fragante, mi gran taza de té a la cama, en las mañanas, mi gran taza de leche tibia, por la noche. Quizás hasta me sea dado dirigirle un libro al gran obispo. Como a amigo y confesor Petrarca le dirigió a ese santo el libro en que, como había puesto su corazón en los sonetos y las canciones a Laura, puso su alma, y que llamó *De contemptu mundi*. Más que Cicerón, por quien tuvo siempre un culto muy intenso, influyó San Agustín en Petrarca literaria e ideológicamente. Por 1362 ó 1365 Petrarca había escrito un curioso tratado, para combatir a los averroístas (a quienes he de dedicar un persiflage, si Dios me lo permite) *Sobre su propia ignorancia y la de muchos otros*, título que en sí es un encanto. No soy tan viejo, ni tengo tanto orgullo, para atreverme a emplearlo pero ni siquiera como título de algunas de estas entrapeñas. Pero para viejo voy, y para viejo intelectualmente orgulloso. Y el recuerdo más vivo que ahora tengo de Petrarca, fundador del humanismo, iniciador del Renacimiento, es de aquel día (¿sería

abril también?) del 1336 cuando subió al Mont Ventoux con su hermano Gherardo, y allí, extendidos los Alpes frente a él y alargando el majestuoso Ródano su carrera hacia el mar, sacó de su bolsillo *Las Confesiones—scaturientes lachrymis Confessionum libri*, como él llamaba el libro—y, «por un accidente—dice Symonds—semejante al que le ocurrió a Agustín con Alipio, en su jardín de Milán,» los ojos del poeta se posaron en estas palabras que sus labios repitieron: *Et eunt homines admirari alta montium, et ingentes fluctus maris, et latissimos lapsus fluminum, et oceani ambitum, et gyros siderum, et relinquunt se ipsos*, que es como si dijéramos, en romance, que «los hombres salen y van a mirar maravillados las alturas de los montes, y las potentes ondas de los mares, y la señorial amplitud de los ríos corrientes, y los ámbitos de los océanos, y la revolución de las estrellas, más de sí mismos no se cuidan, de sí mismos no se ocupan.» Yo sí, yo me ocupo del prójimo y hasta de mí mismo.

El último hombre de la edad clásica y el primero de la hasta hoy moderna, a través de nueve siglos se estrechaban. ¡Yo bien comprendo el cariño de Juan

Prensa e información

Benigno Cuesta (hijo)

Agente de los mejores DIARIOS
y REVISTAS

Manizales, Colombia.

del Camino por el Deán Swift! Afinidades como esa me fascinan. Por sobre todas las cosas de este mundo, a Swift le preocupaba la libertad de los hombres, y por la libertad de los hombres se esforzó de manera ejemplar. Escrito por él mismo es el epitafio bajo el que, al lado de los de Stella, reposan sus humanos restos en la que fue su catedral. Dice así: *Hic depositum est corpus Jonathan Swift, S. T. P., hujus ecclesiae cathedralis decani; ubi saeva indignatio cor ulterius lacerare nequit. Abi, viator, et imitare, si poteris, strenuum pro virili libertatis vindicem.*

Pensando me quedo en esas afinidades, y me siento viejo: me duelen los brazos de querer abrazar, que los tengo vacíos. ¡Si no fuera yo indigno de estrecharte, Petrarca!

Persiles

Heredia, junio, 1931.

Otra charla con Gissing

— Envío del autor —

II

De dónde la "Educación Cívica" no es más que el arte de jugar a los dados con un contrario que ha "cargado el marfil"

Dedico esta inolvidable charla al ilustre huésped de Costa Rica, Mr. Carlos Thomson, Secretario de la Fellowship of Reconciliation, que abrió una encuesta en el *Repertorio Americano* desde el 17 de enero de este año para conocer el criterio centroamericano sobre el Tratado Bryan-Chamorro, a fin de iluminar, con nuestros respetables faros de *La Libertad*, el parecer de los Senadores de la América Yankee, cuando vayan a resolver lo del Canal de Nicaragua. (Nos complacemos de veras en que alguna vez se haga pensar sobre eso a Centro América).

Gissing estaba revisando la colección del *Repertorio Americano*. Me explicó que, faltando sólo tres números para el Tomo XXII, quería tenerlos todos listos para mandar a empastarlos. El maestro inició la conversación sobre el *Repertorio*, y me hizo bellos pronósticos para el Sr. García Monge si se decidía a ir a Francia y editar allá su semanario; le han gustado mucho los cuentos de Carmen Lyra: «Me ha hecho conocer detalles íntimos de Uds., de la vida íntima de Uds.,—me dijo—y es preciso que esa joven siga escribiendo sobre la vida oscura de las masas productoras de Costa Rica; ahí está la vida de la Nación.» Refiriéndose a los últimos artículos publicados, si bien no pude decirle quién era *Juan del Camino*, el Maestro se refirió a *Persiles*, diciéndome que era un espíritu fogoso bastante inteligente, y me repitió la súplica, encargándome hacerla efectiva como la haría *Persiles*, de no permitir que se acercaran a su quinta los periodistas. «El único periodista es ese Joaquín García Monge; fuera de él, no me acerque espíritus volanderos, porque eso es lo que tienen los que han dado en llamar periodistas». Cuando le indiqué los artículos de Ga-

briela Mistral y de Gonzalo de Reparaz sobre el «Comunismo», con la mayor dulzura el maestro archivó la colección del *Repertorio* y se sentó en su sillón sabroso. Me pidió:

—En aquel estante, el número cuatro de aquí para allá de esos tomos de lomo celeste, alcáncemelo.

—Esta es,—me dijo,—ya sentados cómodamente los dos—, una obra muy interesante para Uds., los que se preocupan por conocer los problemas sociales: la *Encyclopaedia of Social Sciences*, editada por Edwin A. R. Seligman, de los mismos para Uds. famosos Seligman, banqueros funestos. Este señor es millonario también y dedica sus dineros al servicio del mundo; mi nieto Rudolph estuvo con él en Nueva York, en la Universidad de Columbia, y Mr. Seligman le contó, entre otras cosas, que era Profesor en la Universidad para mantener su prestigio personal como hombre cultivado en las artes y las ciencias, pues ello le abría un ambiente que no podrían abrirle nunca, en aquella urbe para la mayoría de Uds. mercantilizada, sus millonadas de dólares.

—Esta Enciclopedia está bastante completa, me siguió diciendo Gissing;

acabo de recibir el tomo cuarto, éste que acabo de pedirle. Vea Ud. aquí, muy bellamente desarrollada, la tesis cristiana del comunismo. ¡Qué digo cristiana! Lea este resumen.

Y abriendo en la página 82 del 4.º tomo, el sabio me fue leyendo, traduciéndola del inglés, la exposición que acerca de la palabra «Comunismo» hace el profesor Max Beer, en la Enciclopedia de Ciencias Sociales de Mr. Seligman.

—Ya ve Ud., me dijo Gissing: el «comunismo» actual, no es más que una palabra, para la generalidad de las masas: ¡qué digo de las masas, hasta de las gentes que piensan!

Me prometí a mí mismo hacer una traducción completa del bello capítulo en que el Prof. Beer hace una historia bastante detallada, aunque desde luego resumida, del comunismo; me decía Gissing: «Todas las religiones, todos los hombres de bien en el mundo, han sustentado la idea de la felicidad de todos». Yo me quedé pensando qué bellos artículos habrían escrito la Mistral y el señor de Reparaz si hubieran leído la exposición del Prof. Beer.

Gissing se refirió también a la reciente Encíclica a este respecto y se levantó a alcanzar *The New York Times* del 24 de mayo último.

—Vea qué interesante, me dijo Gissing: el Papa es más liberal en cuanto al comunismo y en cuanto a todo, que muchos de los liberales de la América Latina: ¿siempre será, el liberalismo, nada más que cuestión de conocimiento?

Gissing me tradujo rápidamente estos párrafos de la Encíclica: «Como todos los errores, el socialismo contiene cierto elemento de verdad, (y esto no lo han negado nunca los Soberanos Pontífices); a pesar de todo, no ha sido fundado sobre una doctrina especial para determinada sociedad humana opuesta al cristianismo, «Socialismo Religioso» y «Cristianismo Socialista» son expresiones que llevan en sí una contradicción en sus términos. Nadie puede llamarse al mismo tiempo un sincero católico y un verdadero socialista».

Seguía Gissing leyéndome, y al comentar la lectura se sintió muy satisfecho de que el Sumo Pontífice hubiese declarado tan liberales conceptos en cuanto a la distribución de las riquezas en el mundo y en cuanto a los derechos de los oprimidos. «Esta Encíclica,—me dijo—le dará mucha fuerza al Vaticano, porque en ella se estudian de corazón los más graves y hondos intereses del mundo, sobre todo económicos». Con respecto a la organización del capitalismo presente, Gissing me leyó estos párrafos:

«En primer lugar, pues, es patente que en nuestros días no sólo se acumula la riqueza, sino que un inmenso poder y una dominación despótica económica se concentran en las manos de unos pocos, y esos pocos por lo general no son los propietarios, sino únicamente los fiduciarios (*trustees*) y directores de los fondos invertidos, que ellos administran a su entero placer.»

—Se refiere el Papa a la formidable organización del capital,—me dijo son-

riente el maestro.—Y tomando *ap* nuevo la *Encyclopaedia of Social Sciences*, buscó la palabra *Corporation*. El asunto lo desarrollan los profesores A. A. Berle Jr. y Gardiner C. Means. Yo copié algunas líneas:

«La Corporación se ha venido haciendo cada vez más y más para negocios; ha asumido el carácter de una institución de organización social, comparable con el Estado mismo. Durante la Edad Media, la Iglesia, ejerciendo el poder espiritual, dominó a Europa, y le dió unidad, en momentos en que tanto el poder político como el poder económico estaban muy diseminados. Con la aparición del Estado moderno, el poder político se concentró en unas pocas grandes unidades y desafió el interés espiritual, que era el lazo más fuerte de la sociedad humana. De la larga lucha que siguió entre la Iglesia y el Estado, éste surgió victorioso, y la política de las naciones desplazó a la Religión, como la fuerza unificadora más grande del mundo occidental. El poder económico permanecía aún diseminado».

«La aparición de la Corporación moderna, trajo la concentración del poder económico, capaz de contender en términos iguales con el mismo Estado moderno,—poder económico contra poder político—, cada uno muy fuerte dentro de su propio campo. El Estado trata de regular la Corporación en alguna forma, mientras que la Corporación, haciéndose cada vez más poderosa, busca su independencia, y se esfuerza a menudo para aprovecharse, por medio de influencias indirectas, del poder del Gobierno. No es del todo imposible que el poder del organismo económico, representado hoy por la Corporación, pueda obtener una igualdad con el Estado mismo, y aún reemplazarlo, como la institución dominante de la organización social. Por esta razón, la ley que rija a las Corporaciones debe ser considerada como una ley *virtualmente Constitucional para el moderno Estado económico*».

—Esta verdad de las cosas que están pasando es la que me hace admirar cada vez más a Costa Rica, me dijo Gissing.—Costa Rica se ha sabido sustraer hasta la hora presente de la fuerza poderosa de estas Corporaciones, competidoras con el Estado mismo. La Enciclica debiera ser bien leída y meditada acerca de estos asuntos, y la organización de las Corporaciones conocida bien por todos los Estadistas, por todos los hombres que lleguen al Gobierno.

El viejo se levantó ágilmente y se dirigió a uno de los estantes de su biblioteca; regresó con un libro sin empastrar, blanco, hojeándolo rápidamente como en busca de una cita.

—Esta es una publicación del Senado de los Estados Unidos, me dijo.—En este, que es el N.º 46 de los documentos aportados en la investigación de 1928 sobre las maniobras de las Compañías Eléctricas en los Estados Unidos, puede Ud. ver aquí, en la página 221, lo que se dice, de modo oficial, acerca de lo que es la National Electric Light Association. El maestro me fué leyendo:

«La industria eléctrica está y ha es-

tado desde hace mucho tiempo perfectamente organizada. La más vieja de las organizaciones, y la que sirve como punto de confluencia para todos los diferentes intereses de la industria, es la National Electric Light Association. Esta organización cuenta en sus ramificaciones, como miembros, con los más poderosos manufactureros, especuladores, traficantes y contratistas. Cuenta también con muchos de los más destacados ingenieros, hombres de ciencia y profesores de colegios. Tiene comités especiales para estudiar amplios aspectos de los negocios, incluyendo entre otros las prácticas de cálculos, los problemas comerciales, las relaciones públicas y cuestiones técnicas».

Se refirió el maestro a la organización del capital, especialmente a la organización de las empresas de la industria eléctrica, y me dijo que en estos momentos en que se habla de «máquinas» de acero, desplazadoras de las fuerzas de sangre, debiera pensarse en estas máquinas de escrituras sociales y de leyes, desplazadoras de las fuerzas de las naciones. Y se refirió con verdadero cariño a Costa Rica, en donde, me dijo, la Junta del Servicio Nacional de Electricidad ha tenido la delegación del Estado para tratar con esta clase de organizaciones, y estas organizaciones se han encontrado, no con el Estado mismo, cuya representación ha sido por lo general una institución política, susceptible de todos los vaivenes de la política, sino con «una de las más bellas instituciones libres imaginables», integrada por

hombres independientes, con la delegación plena del poder del Estado, y verdadera representante de los intereses de la nación. «Todo el mecanismo de las Corporaciones contra el Estado, lo ha deshecho Costa Rica con la Junta del Servicio Nacional de Electricidad»,—me decía sonriente Gissing. «El único camino que le queda a las Compañías, para encontrar enemigo conocido y fácil de vencer, es tumbar a la Junta, a fin de tratar con lo que ellas ya han conocido con el nombre de Estado, cuya organización saben minar y en lo cual tienen experiencia. Pero aquí no lo lograrán, hijo mío; yo estoy muy satisfecho de Costa Rica».

El viejo sacó unos tomos de sus álbumes de recortes, y me hizo comentarios muy interesantes sobre las manifestaciones prácticas de la política que siguen estas Corporaciones, citándome casos concretos para Costa Rica, y en ello me olvidé completamente de la noción de tiempo.

—Conversaciones de Eckermann?, le dije al despedirme.

—Ni Ud. es Eckerman, ni yo soy Goethe, me respondió chispeándole las miradas.—Yo no dicto y Ud. no copia, y además aquel es un grande hombre en la evolución de la humanidad.

Cuando me bailoteaba el corazón de entusiasmo por Gissing, caminando por esas calles, una dulzura tropical repiqueteaba en mi espíritu, y me puse a pensar, «por primera vez», en el Tratado Bryan-Chamorro.

R a f a e l E s t r a d a

San José, Costa Rica, junio de 1931.

La elección de Mr. Doumer

—Envío del autor—

Pueden hacerse algunas consideraciones acerca de la elección de Mr. Doumer para presidente de Francia, o sea, acerca de la derrota de Mr. Briand.

Mr. Doumer es indudablemente un mediocre; quiero decir que representa el nivel de la cultura francesa. Mediocre en Francia; en Colombia sería superhombre.

Clemenceau y Briand tenían resistencias, por desmesurados. Es muy lógico que las tuvieran. Un presidente es el representante de las ideas y adquisiciones del pueblo; por consiguiente, un mediocre, entendiéndolo por eso a quien no sobresale de la comunidad.

Esto servirá de consuelo a los genios que andan por ahí andrajosos. Una gran cosa para ellos mi descubrimiento, a saber: Ningún evangelista, ningún hombre que mira en el futuro tendrá las urnas favorables. Qué bella idea consoladora!!

Entiéndase bien! Respecto de los colombianos, por ejemplo, Mr. Doumer es un genio. En Francia es un ser normal.

El presidente es el representante de la comunidad; no podían serlo Clemenceau ni Briand; son ideales del pueblo francés.

Existen los hombres que representan la meta, el futuro, y los que representan

el estado adquirido. Entre éstos se elige el presidente. De ahí que siempre los presidentes sean hombres sin brillo, psicologías aclimatadas. Por ejemplo, ni Sócrates, ni Jesucristo pueden ser concebidos como presidentes de nada, ni como diputados triunfantes, ni como alcaldes. Se les concibe en una cruz o en una cárcel pariendo el futuro. ¡Cuánto consuelo hay aquí para los candidatos que fueron derrotados el 10 de Mayo de 1931!!

Clemenceau y Briand y otros son atormentados; no están a par con ellos mismos; no se han aclimatado. Sus papeles son de evangelistas y no de presidentes.

Es muy lógico, pues, que hayan derrotado al predicador de la paz y de la unidad europea. Un hombre de bigotes caídos que predica el mañana, tiene sus amigos y copartidarios en el mañana, y tiene enemigos entre sus contemporáneos; puede decirse que en sí mismo tiene enemigos. Es un atormentado y un atormentador; es un *partero*, según el nombre que Sócrates se daba a sí mismo en una conversación discreta con una cortesana.

Los últimos cuatro presidentes de Francia han sido psicologías aclimatadas, acabadas hechuras de la burguesía fran-

cesa. Muy inteligentes y sin inquietudes de preñez.

Respecto de Colombia y de Sur América en general, no hay aún sociedad formada y no son aplicables estas ideas. No tenemos aún mediocres. Pero sí puede observarse que los elegidos no tienen personalidad, así como no la tiene el pueblo. Aquí mandan las fuerzas indeterminadas.

Lástima que con este ensayo no puedan consolarse Vásquez Cobo y mi amigo Guillermo Valencia. Ellos podrían considerarse a sí mismos como genios, pero con el párrafo anterior dañé este capítulo. La democracia, señores, es la representación del pueblo por sus encarnaciones, o sea, en Colombia, por los maridos de la verdad.

Fernando González

Medellín, Colombia.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De ESPASA-CALPE, Madrid, hemos recibido:

Felipe Robles Degano: *Filosofía del Verbo*. Segunda edición enteramente reformada. Madrid. 1931.

Es el tomo L. de la muy interesante *Nueva Biblioteca Filosófica*.

Este epígrafe de la obra: *Cultura animi Philosophia est*. (Cicerón, *Tusc.* 2, 5.)

Alfredo Adler: *Conocimiento del Hombre*. Traducido de la tercera edición alemana por Humberto Bark. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1931.

Es el tomo XII de la notable BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XIX, de que es Director José Ortega y Gasset.

De las EDICIONES HOY nos llegan estos dos interesantes títulos:

Stefan Zweig: *Amok*. Novela traducida del alemán por Koellen y Catalán. Madrid.

Hermann Kesten: *José busca la libertad*. Novela traducida del alemán por Rafael Soco. Madrid.

La casa editora J. B. LIPPINCOTT Co. de Philadelphia, U. S. A., nos remite esta obra:

Carleton Beals: *Mexican Maze*. With illustrations by Diego Rivera.

From Isabel de Monserrate (c/o. Colombian Consulate General. San Francisco, California) nos llega esta novela:

Hados. Editorial Hispano-América. San Francisco, California.

Nos ha tocado el ejemplar No. 0576. Hay una carta de José Vasconcelos a la autora, que dice así: «Me ha interesado mucho la lectura de su novela *Hados*. Ha logrado usted narrar la historia de un alma afortunada y superior. La felicito cordialmente por su noble esfuerzo. José Vasconcelos.» Los Angeles, Feb. 25. 930.

Del autor, que nos honra:

Fabio Fiallo: el tomo LIX de la colección *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*. Editorial Cervantes. Barcelona.

Leemos con gusto *Fouché* de Stefan Zweig. ¡Cuántas cosas interesantes se dicen en este libro! Al acaso:

No desconozco de ninguna manera el poder de las biografías heroicas, que am-

plifican el alma, aumentan la fuerza y elevan espiritualmente. Son necesarias, desde los días de Plutarco, para todas las generaciones en fase de crecimiento, para toda juventud nueva. Pero precisamente en lo político albergan el peligro de una falsificación de la Historia, es decir: es como si siempre hubiesen decidido el destino del mundo las naturalezas verdaderamente dirigidas. Sin duda domina una naturaleza heroica por su sola existencia, aún durante decenios y siglos, la vida espiritual, pero únicamente la espiritual. En la vida real, verdadera, en el radio de acción de la política, determinan rara vez—y esto hay que decirlo como advertencia ante toda fe política—las figuras superiores, los hombres de puras ideas; la verdadera eficacia está en manos de otros hombres inferiores, aunque más hábiles: en las figuras de segundo término. De 1914 a 1918 hemos visto cómo las decisiones históricas sobre la guerra y la paz no emanaron de la razón y de la responsabilidad, sino del poder

oculto de hombres anónimos del más equívoco carácter y de la inteligencia más precaria. Y diariamente vemos de nuevo que en el juego inseguro y a veces insolente de la política, a la que las naciones confían credulamente sus hijos y su porvenir, no vencen los hombres de clarividencia moral, de convicciones inquebrantables, sino que siempre son derrotados por esos jugadores profesionales que llamamos diplomáticos, esos artistas de manos ligeras, palabras vanas y nervioso friso.

Volvamos a la Editorial CERVANTES, Barcelona, que nos ha dado gusto y provecho con el envío de estas obras:

Teodoro Dostoievski: *Los Karamázov*. Tomo I. Traducción directa del ruso por Nicolás Hartong. Prólogo de Juan Chabas. Edit. Cervantes. Barcelona. 1931.

Corresponde al tomo XXV de la serie «Los príncipes de la Literatura».

Ladislao Reymont: *El vampiro*. Traducción directa del polaco, por Nicolás Hartong. Editorial Cervantes, Barcelona. 1931.

Corresponde al tomo XXIV de la serie «Los príncipes de la Literatura».

Rodembach (traducción de Luis Guarnier y Miguel Alejandro Rives), y *Alejandro Pushkin* (traducción directamente del ruso por Elisabeth Mulder).

Tomos LVII y LVIII de la serie. *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*.

Elisabeth Mulder: *La hora emocionada*. Editorial Cervantes. Barcelona. 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores

Bananos y hombres

— Envío de la autora —

IV

Río arriba

(Véanse las entregas anteriores.)

La lancha *El Parismina* remonta el río en su viaje semanal. Ha salido a medio día con todo el sol. Trae un cargamento de cacao y unos cuantos pasajeros, entre los cuales viene una familia que emigra a otra finca: el hombre de edad indefinible, seco, alto, encorvado; el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde. La mujer y los chiquillos, seres anémicos, raquíticos, hinchados; estos niños que no han probado más leche que la materna. Emigran con todo su haber: unas ollas negras y unos trapos dentro de sacos de gangoche. Viene también el jefe del Resguardo a quien acaban de nombrar, sobrino de una amiga de la mujer con quien vive uno de los ministros de Estado; es un joven de San José con cara de come-maíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a bailar muy bien y a beber. Su zapato bajo, sus medias de seda rayadas, su charla insustancial y su pelo peinado hacía atrás como los

intelectuales cursis, desentonan entre aquella gente silenciosa que lo mira como se pueden mirar unos aretes, un collar o cualquier otro adorno de joyería barata en las urnas de los comisariatos.

El gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente. Díjese que los émbolos y las válvulas del viejo motor de la lancha, han cogido a patadas el silencio espeso que oprime el paisaje como una capa de aceite hirviendo.

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuela, palmas, maraña insolente, bananales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren para dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de

tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben extrangulándose. Los más fuertes se empujan y aplastan a los otros y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen.

De cuando en cuando un lagarto que dormita al sol o un rancho cuyo techo de palma parece abrumado por el calor. A menudo, frente a estas habitaciones hay cuerdas tendidas con tasajos de carne de chanco de monte que se secan al sol. De los surás de tronco blanco y elevado penden mechones de una vegetación negruzca, fibrosa y vaga que se convierten dentro del cerebro adormilado en los girones del silencio de esas soledades desgarrado por los golpes del motor de la lancha.

El Parismina es una lancha vieja que anda con las entrañas al aire. Las entrañas son este motor viejo de cinco caballos que produce un ruido infernal, de piezas cubiertas de un húmedo siniestro y cuyos movimientos hacen temblar la carne de los pasajeros; las mejillas sonrosadas del jefe del resguardo se agitan de un modo que da risa. Debajo del motor asoman las costillas negruzcas de la embarcación entre una agua verdosa. El piloto que es un negro, y el maquinista, hacen juego con este motor viejo, cuyo brillo y vanidad han quedado perdidos en las aguas del Reventazón y de los Caños. El maquinista, Pancho Sandino, hace cinco años trabaja en esta lancha y como veinte que vive por estas remotidades. Es de Puntarenas. Lo mismo que a la Estefanía, la vida lo arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando. Cuenta que por todas las partes por las cuales ha pasado, ha dejado hijos. El dice que hay que sembrar la semilla. Viene sentado en el piso de la embarcación, junto al motor, fuma y fuma en su pipa negra y tosca. Casi no quita la vista del motor. Con los ojos cerrados podría decir el lugar de cada tornillo, llave, cilindro, tuerca. Si no fuera por que de cuando en cuando parpadea sus ojillos verdes, se le podría tomar por un utensilio indispensable para la marcha del motor como la aceitera que se encuentra a su lado. Cuando lleva turistas por los Caños del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oír las exclamaciones de éstos, ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años está viendo la misma cosa...

Hay que recoger pasajeros en la hacienda Santa María. La lancha se acerca al pequeño puerto protegido por un grupo de cativos.

Se embarcan: un preso custodiado por dos guardas, unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis, que van para el hospital de San Juan de Dios en San José y un hombre que lleva el mismo rumbo, acompañado por una mujer menuda con cara de hormiga. Este hombre se ha golpeado terriblemente el pecho y una pierna al cargar bananos en un lanchón de la finca. Casi no puede res-

pirar ni enderezarse y tiene la pierna terriblemente hinchada y amoratada. Cuando se golpeó nadie le hizo caso, precisaba cargar la fruta, y después el dueño de la finca no tuvo tiempo de ocuparse del asunto. ¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?

El hospital de San Juan de Dios en San José es un desaguadero de toda esa gente palúdica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se cultiva el banano que es una nutritiva golosina en los Estados Unidos. En el hospital, la hermanita de la caridad encargada de las enfermedades venéreas, inyectará Salvarsán a las pobres muchachas de piernas llagadas que entran en la embarcación. Y esa virgen del Señor les echará en cara su liviandad al ver la mueca de dolor de las miserables al sentir la aguja hipodérmica introducirse con piadosa saña en la carne pecadora. Eso sí, no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado.

El peón que parecía un santo

Un día llegó a la finca Santa María Ignacio Parralés, un peón nicaragüense de Rivas. Unos treinta y cinco años lo más, regular estatura, delgado, cenceño, ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía como si por el espíritu pasaran una cinta de seda, y cuando sonreía y entreabría los labios, la blancura de sus dientes ponía como un leve temblor de luna sobre el rostro oscuro y castigado por las intemperies.

De todo sabía y entendía: era excelente cortador, excelente conchero y excelente mulero. Sabía construir ranchos y botes. Pocos días después de llegado a la finca, comenzó a enseñar a los niños de los peones y de los dueños a

leer y a escribir. A unos y otros les narraba cuentos, les enseñaba a fabricar trampas para coger pájaros y bestezuelas de los bosques y les traía de sus excursiones chanchitos de monte recién nacidos. Cogía los avisperos y panales así no más, sin tomar precauciones y los insectos nada le hacían. Dicen que dormía las culebras y varias veces llegó a la finca con una coral arrollada en el brazo, y dicen también que tenía secretos para dormir a los mordidos por serpientes venenosas.

Todo el mundo en la finca lo quería y le tenía confianza y en los cinco meses que pasó allí nadie lo vió borracho ni pelear con ninguno.

Pero un día llegaron los guardas y lo hicieron preso. Este era el fulano que hacía cinco meses degollara al agente de policía de San Alberto. Cuentan que primero le dio un golpe en la cabeza para atarantarlo y en seguida con todo cuidado y como siguiendo una línea trazada de antemano le cortó el pescuezo.

Bien es verdad que este agente de policía de San Alberto era una buena pieza: ganaba un sueldito cualquiera, pero hubo meses que le salieron por ochocientos colones. Para todo se necesita maña. Se tenía un negro a quien llamaba el Cariador, que le servía de trampa en los días de pago. En cuanto los peones comenzaban a tomar, les echaba al Cariador para que les buscara camorra; y apenas los otros le hacían frente los llevaban al cepo (porque ha de saberse que aun cuando los cepos son prohibidos por la ley, todavía se usan en los poblados de esas regiones bananeras), del que podían salir pagando una multa. Con estas multitas se ayudaba el agente de policía, a quien con tanto primor degollara aquel peón con cara de santo que se embarcó en *El Parismina* al mismo tiempo que las dos pobres muchachas palúdicas y sifilíticas y el hombre golpeado en el pecho por un lanchón al cargar bananos.

Carmen Lyra

Costa Rica, Junio de 1931.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Bibliografía venezolana**Dos libros de Picón Salas**

— Envío del autor —



Mariano Picón-Salas

Sentido americano del disparate...

— Envío del autor —

Si hay otra tierra en el mundo donde se escriban dispartes en mayor número lo ignoro, pero dentro de una estadística universal del disparate nuestra América Latina aparecería como zona de producción intensiva. Menos mal que como compensación producimos abundantemente salitre, café, carnes argentinas y metales y esto y las obras de algunos americanos de buena voluntad, pueden justificar nuestro sitio en el mundo. La Retórica es a mi modo de ver uno de nuestros vicios continentales y un vicio tan peligroso que matiza a los otros y los adorna con sus oropeles. Es un caso curioso que no sé si habrá despertado el interés de algún sociólogo criollo: los hispanos - americanos que en nuestra expresión oral parecemos más pobres y menos animados que los españoles, (Keyserling nos llamó tristes), somos cuando disponemos de una pluma y un tintero y de gentes pacientes que nos lean, desmesurados y sin continencia. Todo lo exagera nuestra imaginación verbalista y movilizamos para el más simple menester una verdadera artillería de palabras. Adjetivos que no convienen al concepto, palabras esdrújulas que suelen llenar grandes huecos del pensamiento, repeticiones, hipóboles, tono sostenidamente patético, son los elementos de ese cuadro clínico de nuestro verbalismo escrito. Y todo ello se resuelve en el pensamiento y en la vida por la actitud espiritual que en estas tierras australes se suele llamar «tropicalismo». «Tropicalismo» es incapacidad de llamar las cosas por su justo nombre, delirio verbal, deformación de los hechos o las ideas.

Pero me parece injusto relacionar cierta manera de escribir y pensar con una determinada latitud geográfica. En nuestra manera de entender el problema consideramos como formas equivalentes y reveladoras de

(Pasa a la página 367).

la disolución ambiente, del predominio de elementos disgregantes sobre los constructivos en nuestras sociedades.

Al precisar el rol del caudillo en América, toma Picón Salas como tipo de análisis al bárbaro que despotiza en Venezuela. Juan Vicente Gómez surge de este análisis con perfiles netos. El, como individualidad, como «Jefe,—para aplicar un término grato a sus adulones—, no hubiera podido mantener el equilibrio de una situación tan anormal, como lo es la venezolana, sin el concurso de determinados factores contingentes. Esos factores han sido los puntules de su gestión de barbarie. Colocado en esa posición crítica, Picón Salas se distancia tanto de los pseudo-sociólogos a sueldo del régimen que ven, o aparentan ver, en Gómez la expresión de una necesidad histórica, como de los opositores simplistas, quienes localizan sobre la cabeza chata de este palurdo todas las responsabilidades de los crímenes y depredaciones de su gobierno.

Juan Vicente Gómez recibió, con el poder, una abundante herencia en procedimientos de terror, acumulada durante los gobiernos anteriores al suyo. Y la experiencia de que ellos solos no bastaban para la explotación sin zozobras de un pueblo que siempre supo protestar, que se lanzó mil veces a la guerra para «libertarse de sus libertadores», para redimirse de la fatalidad significada por esas «treinta y dos grandes batallas de la independencia americana dirigidas por militares venezolanos», punto de partida de la influencia funesta en la República de los hombres de sable y charreteras. La llamada Revolución Libertadora, que seis años antes de la toma del poder por Gómez había movilizado más de veinte mil combatientes, era para los dirigentes de la nueva situación un recuerdo y un alerta demasiado impresionantes. Le buscaron entonces al despotismo aliados distintos y más eficaces que el terror interno. En Estados Unidos de Norte América hallaron el puntal que les urgía. El imperialismo yanqui, respondiendo presuroso al llamado de Gómez, desplazó a fines de 1908 tres unidades de su marina de guerra—los acorazados *North Carolina* y *Maine* y el crucero *Dolphin*, este último con el Alto Comisionado William I. Buchanan a bordo—hacia costas venezolanas, para proteger con sus cañones el «orden» establecido. De entonces acá, la entente continúa firme. En 1931, Charleton Beals puede afirmar que «el despotismo en Venezuela se sostiene por el ferviente apoyo moral de la Secretaría de Estado». Y en su afirmación se quedó a medio camino el notable publicista norteamericano: no sólo el apoyo moral,

(Pasa a la pág. 368)

Desde el Sur, desde Chile, nos llegan dos libros de Mariano Picón Salas: *Odisea de Tierra Firme* e *Hispanoamérica, posición crítica*. Ambos han sido editados en este 1931, por RENACIMIENTO e INDICE, respectivamente. Ambos constatan un fervoroso esfuerzo interpretativo de problemas políticos, sociales y culturales de Venezuela y de Hispanoamérica. Picón Salas pone su capacidad para ver y para razonar, adquirida a través de muchos años de estudiar mucho y de observar más, al servicio de la causa liberadora de su pueblo y de su raza. Esa actitud justifica estas cuartillas mías. Reclamada mi vocación por otras disciplinas y estudios distintos de los meramente «artísticos», no me hubiera atrevido jamás a invadir campos de crítica literaria, que no son los míos, si no fuera por esa confesa intención política de nuestro autor.

Estos últimos libros de Picón Salas,—ya en Caracas, años atrás, había publicado *Buscando el camino*, obra de iniciación,—están articulados por un mismo pensamiento central. Lo que escribe al frente de uno de ellos es valedero para ambos y para toda su labor de última hora: «La conciencia que quise imprimirle a este libro es la conciencia de inquietud y protesta—muy suramericana—de un hombre urbano, como soy yo y como parecen serlo los personajes que amo más en mis relatos ante un medio que le es inferior por el imperativo bárbaro de la vida».

Reacciona sentimental y doctrinariamente. Esa *Odisea de Tierra Firme*,—relatos de infancia, reminiscencia de horas vividas bajo el techo nativo, fragmentos de vidas y costumbres de los andes venezolanos, panoramas del terruño que se nos imponen con emotiva urgencia cuando se vive en el exilio—es un continuado grito de sensibilidad culta ofendida frente a una sociedad disgregada y bárbara. El mismo autor pide que se lea este libro de «adentro hacia fuera». Si se atiende la insinuación, si se abre una ventana sobre el medio social a través de estos relatos tan subjetivos, se verán desenvolverse, con esa violencia característica de un pueblo que se metió en la historia a caballo y con la lanza en la mano, muchas etapas de la evolución político-social de Venezuela, *Hispanoamérica, posición crítica*, que da título a la otra obra que comentamos, es una conferencia leída en la Universidad de Concepción, Chile. Allí ya no está sólo el hombre que, si no instintivamente, cuando menos por el juego fatal de las leyes de acción y reacción social, opuso a la barbarie desbordada el correctivo de su protesta, sino el doctrinario, el intelectual metodizado rastreando a través de peripecias de historia las causas del caos, de

La patria, la verdadera patria, no es la que heredamos de nuestros padres, sino la que legamos a nuestros hijos,
Nietzsche - Unamuno

El estancamiento es la muerte; la sociedad debe ser ese Judío Errante que anda eternamente hacia un bien desconocido.

Thiers

El trabajo es mi alimento; he nacido, he sido hecho para el trabajo. He conocido los límites a donde llegan mis piernas, los límites a que llegan mis ojos; jamás he podido conocer los límites de mi trabajo...

Bien quisiera tener más descanso, pero el buey está uncido, tiene que arar...

He enseñado a Francia lo que podía hacer; ahora que lo lleve a cabo ella...

Napoleón

Marañón

— De La Prensa, Buenos Aires, —



Dr. Marañón

Si ha llamado a Spinoza «el hombre ebrio de Dios»; de nuestro Marañón pudiera decirse «el hombre ebrio de patria». Marañón ha influido tan intensamente en los futuros destinos de España, que virtualmente, es el hombre que manda en ella.

Toda especie animal que viva socialmente es una prueba de la necesidad del mando. Por medios poco conocidos, por un método de sufragio, cuyo mecanismo sería singularmente ejemplar para el hombre, la manada designa al individuo que en adelante habrá de conducirla. No puede dudarse de que este mando, lejos de conferirle un azar caprichoso, está facultado certeramente sobre el más apto. Y por las mismas razones biológicas, la duración del mando tiene la limitación fisiológica de la aptitud, y cuando el rebaño llega, por cualquier modo de caducidad, a estar desmandado, se produce un estado de agitación, el estado anárquico, en el cual, la misma violencia, el estado de celo de esta situación crítica, es lo que determina las posibilidades óptimas para el establecimiento del nuevo jefe. Haría muy parvo mérito de la perspicacia del lector si insistiera sobre la aplicación de este hecho natural a las sociedades humanas, pues toda la historia se reduce al antagonismo regulador que se deriva de esta aplicación. En una idea tan sencilla se funda el estado. En una idea tan sencilla fundaron los egipcios la fábula de Osiris y Tifón, aquél, legítimo monarca, y éste tirano de Egipto, para consagrar la acción recíproca de los principios contrapuestos y enemigos en la naturaleza. El bien y el mal. Pudo un gran político decir: «el mundo va de este modo» y este axioma, lejos de descontar la influencia que sobre la marcha del mundo ejerce el héroe, cuenta profundamente con ella. Tal es el héroe, tal es la humanidad que le corresponde. Todavía Catón, en una fase más fatalista de la historia, se dió muerte sin saber esperar el día en que Bruto y Casio enarbolaron el estandarte de la libertad romana. Pero la historia va acumulando enseñanzas. Dos mil años después, otro César, avergonzado de haber pensado un momento suprimirse en Fontainebleau, dirige a Catón esta pregunta desde Santa Helena: «si hubieras podido leer en el libro del destino, si hubieras visto en él a César herido con veinticuatro puñaladas al pie de la estatua de Pompeyo, y a Cicerón ocupando todavía la tribuna de las arengas y haciendo resonar en ella sus filípicas contra Antonio, ¿te habrías dado la muerte? Derrumbados los mitos de Tifón y Osiris y tantos otros mitos, el hombre de hoy, menos indivi-

dualista quizá, ha aprendido a esperar. La sociedad está abierta para todos, que tarde o temprano el mérito se abre camino, pues entre el mérito protegido por el favor reinante y el mérito rechazado apenas hay uno o dos años de diferencia en la fecha de los sucesos. Los héroes de hoy, en vez de morir por sus ideales en una borrachera de gloria estéril, trabajan concienzudamente para legar, junto a la gloria de sus empresas bien meditadas, el ejemplo y el rumbo señalado con su labor. El sacrificio inútil de la vida es, muchas veces, un acto de locura como precio de la gloria imposible. Y «lo imposible no es sino el espantajo de los tímidos y el refugio de los cobardes». La muerte por una idea es mucho menos que toda una vida consagrada a ella. En el momento culminante de las culturas, sus hombres dan un carácter intencional a la finalidad, y el sentido pasivo teológico deja paso a la voluntad activa de obrar sobre la vida para determinar la felicidad como fin. De representación a voluntad. En el momento culminante de las culturas impera la sinceridad, la mayor o mejor comedia. Como un seudopaganismo que triunfara sobre un seudocristianismo. Si, con arreglo a éste, para Nietzsche, ser bueno es ser débil y ser fuerte es ser malo, para Napoleón, para el sincerismo atlántico, «en el valor, en la fuerza consiste la virtud... el hombre fuerte es bueno; sólo el débil es malo». Se entiende, pues, la felicidad, según la fórmula del personaje de Wilde: «máxima fuerza y máxima inteligencia». El *uebermensch*, el superhombre. Pero el camino al superhombre, según la ley natural, exige que algunos hombres, los guiones, los héroes se «superhumanicen», lleguen más allá del máximo triunfo individual, a la creación de categorías superiores, para que todas las existentes avancen un

puesto; para que el obrero sea más que obrero, el comerciante más que comerciante, el abogado más que abogado, el político más que político. En Francia el gobernante político ha sido sustituido por el técnico. En la India, al *thug*, al juramento, al cipayo epiléptico sucede Motilal, de hechura sociológica. Si Alejandro saliera ahora del templo de Amón diciéndonos que la divinidad le había reconocido como Hijo, el mundo prorrumpiría en una carcajada. El mundo mira insistentemente hacia adelante como si temiera convertirse en estatua de sal. El principio de la autoridad transmitida, el mito de Osiris, se defiende rabiosamente con los intentos dictatoriales de las clases conservadoras. Pero el momento es de revisiones. De apartar la escoria y de lucir el metal brillante y puro. Si se ha dicho que la propiedad es un robo, esto se refería a la propiedad adquirida robando. A la autoridad retenida, pues el camino del superhombre está abierto cuando es la inteligencia lo que manda en el mundo. Y si la creación nietzchiana es utópica, ¿por qué ha de serlo el vocable? El vocable «superhombre» como expresión de hombre trascendente, sobresaliente y creador, en vez de esa cosa diabólica del genio. Mas para trascender hay que sobresalir, para sobresalir es menester crear, para crear es preciso descubrir y para descubrir es necesario indagar, estudiar perseguir. Ya he dicho en otra ocasión que hoy nos podemos adelantar en el juicio del «superhombre» por la presunción de su trascendencia determinada por tres variables heterogéneas: capacidad, acción y ocasión. La acción puede computarse como médulo del factor individual capacidad, y el tercer factor, externo o histórico, representa la circunstancia aparentemente fortuita y ajena al fenómeno biológico. La ocasión es lo que confiere al fenómeno su razón histórica; pero la capacidad del superhombre comprende, entre sus facultades, la oportunidad, que es el descubrimiento de la ocasión. La ocasión—no tal ocasión—existe siempre, más que como obstáculo preestablecido, como postulado del superhombre, como creación previa a la realización genial, que es la opción de una orientación, la impregnación de la voluntad a la fatalidad final de los acontecimientos. Para juzgar la obra del superhombre hay que retrotraerse a su realización. Para incluir a Euclides entre los genios, habría que estar seguro de que pudo postular cien geometrías diferentes en su fundamento. El genio es el poder creador; pero ésta cualidad no basta para definir el superhombre. La minuciosa división del trabajo enfoca a las inteligencias más mediocres hacia soluciones presumibles, por lo que la labor creadora ya no es privativa de los cerebros privilegiados, de los sabios de corte clásico. Por el contrario, el peso de toda la cultura predispone al cultivo de las facultades acumulativas, a la erudición, con lo cual se restan muchas capacidades a la orientación formativa. La cultura se empacha de materias primas objetivas y circunscritas. Las nuevas aportaciones son las piedras con que los obreros de la inteligencia van construyendo la civilización planteada por simples maestros de obra. La labor del superhombre es labor de arquitecto, labor de dirección para las civilizaciones futuras. Hoy el descubridor de tal o

cual célula, de este explosivo o de aquella sustancia colorante, no pasa de proletario distinguido de la inteligencia. Todo el mundo conoce a Mustafá Kemal, pero pocos saben quien es Bayrd, que no hizo más que inventar la televisión, y hoy, el invento no es un fenómeno esporádico sino la obra de muchos cerebros. Quiere decirse que no todo hombre sobresaliente por la singularidad de su obra, debe ser incluido en la categoría del superhombre, sino que ahora, como en todos los tiempos, el superhombre crea y modifica en el orden del conocimiento, si bien no aporta hechos simples y concretos que vinieran «a llenar algo» sino nuevos cuerpos de doctrina (Einstein), nuevas orientaciones políticas (Eberth), nuevos rumbos a los pueblos (Ghandi) y a su ética (Freud), a la pintura (Cezanne), a la novela (Dostoiowski), etcétera, y todo ello con su sello personal e inconfundible. No es fácil destacarse en esta fiebre de originalidad huera y de excentricismo que vivimos. Cada uno está más atento a su reclamo personal que a la obra ajena. La publicidad nos aturde con el estrépito de las más peregrinas manifestaciones de la novedad. Se crean y derriban ídolos en unas horas como si todos nos apresurásemos a entrar en turno. El público corea, preferentemente, las habilidades que están más a sus alcances. Todos quieren aspirar a todo. Pero, sin embargo, nunca siguió el mundo más diligente a sus conductores intelectuales. Nunca se vió al pueblo tan disconforme con los poderes tradicionales del Estado, ni tan dispuesto a barrer las normas rutinarias. Y en medio de esta alharaca, entre los inevitables descontentos que claman por una «renovación», se puede oír la voz de los mejores que aconsejan y dirigen una cosa más concreta y taxativa: el «mejoramiento».

Es por el año 1902. En el aula de anatomía de San Carlos, sesenta alumnos de primer año de medicina, escriben sobre el tema impuesto por Olóriz para su examen. Todos son de la misma edad, todos tienen el aire pícaro de aquellos estudiantes que organizaban huelgas escolares con el solo objeto de adelantar las vacaciones. Son muy jóvenes y el ambiente ha sido igual para todos. Todos han oído las mismas explicaciones sobre una disciplina tan invariable como la anatomía. Todos han leído los mismos textos. Pero si los observamos, advertiremos algunas diferencias muy significativas. Unos fruncen el ceño como queriendo exprimir un jugo que no existe en sus cerebros. Otros se retuercen sobre el brazo encargado de imprimir sus conocimientos. Este se abstrae con esa expresión estática, que lo mismo denota el pensar profundamente que el no pensar. Aquél husmea en las microscópicas «iluminaciones» del programa, la ciencia que nunca se encuentra. Un muchacho moreno, cuya fisonomía parece reflejar los rasgos faústicos de las culturas orientales, escribe sin esfuerzo, sin contracciones de fuera adentro, llenando con su letra menuda las cuatro carillas del pliego. Y Olóriz anotará al margen de este ejercicio: «espíritu de investigador».

¡Manes de Fernando VII! No es cosa fácil estudiar. Las fronteras medio cerradas al panorama mundial. El régimen asentado en los dos pilares de nuestra histórica intransigencia, confunde y se debate contra los tentáculos del monstruo plebeyo: cultura, paz, trabajo, razón, libertad, universalidad, y la eterna minoría intelectual, como siempre, vejada, escarnecida, humillada y perseguida. Los intelectuales son

INDICE



Entérese y compre estas obras:

Antonio Rodríguez Marín: <i>Régimen de autonomía municipal</i>	€ 5.00
E. M. Remarque: <i>Después</i> . Novela. Continuación de <i>Sin novedad en el frente</i>	4.25
María Billar Buceta: <i>Unanimitismo</i> . Poesías.....	2.00
Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> . Novela.....	3.50
Heinrich Mann: <i>El ángel azul</i> . Novela.....	3.75
Pío Baroja: <i>La venta de Mirambel</i> . Novela.....	3.75
R. W. Emerson: <i>Vida y Discursos</i> . Dos volúmenes.....	8.50
Pedro Prado: <i>Un juez rural</i> . Novela.....	4.00
Ezequiel Martínez Estrada: <i>Titeres con pies ligeros</i>	5.00
Marcelo Agudo: <i>El plan Howard</i>	2.25
Armando Zegrí: <i>El último decadente</i> . Novela.....	3.00
Azorín: <i>Pueblo</i> . Novela de los que trabajan y sufren.....	3.50
Leonhard Frank: <i>El burgués</i> . Novela.....	4.25
Leopoldo Lugones: <i>El ángel de la sombra</i> . Novela.....	4.00
César Vallejo: <i>El tungsteno</i> . Novela.....	3.75
R. W. Emerson: <i>La Ley de la Vida</i>	4.25
Eduardo Barrios: <i>Páginas de un pobre diablo</i> . Novela.....	4.00
R. W. Emerson: <i>Diez ensayos</i>	4.25
Pablo Neruda: <i>El habitante y su esperanza</i> . Novela.....	3.00

Solicítelas al Adm. del Rep. Am.

«la canalla francófila», según posterior expresión famosa. Y el país a la deriva. Siempre el «después de mí, el diluvio». Parece como si para ocupar los puestos del Estado, fuera condición precisa la carencia de técnica. Toda inteligencia viva es tachada de masonería, difamada y olvidada.

Pocos años más tarde volvemos a encontrar al morocho del examen de anatomía en el servicio de patología de nuestro patriarca Madinabeitia. Es su discípulo predilecto y marca un tren de fondo que acrecienta los opimos frutos de aquella escuela. Es preciso sustituir a los figurones pseudocientíficos, a los académicos palaciegos, a los fósiles de la nefasta influencia letamendiana. Hay que asomarse al mundo, a Francia, a Alemania, pues aunque existe una gran desorientación en la medicina, se traslucen muchas hipótesis de trabajo y muchas posibilidades de interpretación. Pero aun miran las clases elevadas con malos ojos las tentativas de penetrar en el *tabú* del enigma de la vida. Diez años ha que Cajal describió la unidad nerviosa y, solamente al revocar la sensación que este suceso ha producido en el mundo, nos empezamos a enterar de que Cajal ha «debido de hacer algo». El país sigue atetargado, desde Rocroy todos son desastres y es preciso diagnosticar la causa para poner el tratamiento. España no tiene pulso, dice Silvela. España vuelve de su letargo de tres siglos, dice el estonio Keyserling, gran amigo de nuestro hombre. La medicina ha dado un gran avance en la lucha contra las epidemias. Nuestro héroe, joven profesor de patología médica del hospital General, se hace cargo del pabellón de infecciosos, denuncia el urgente problema de nuestras endemias, y una de sus ideas, el hospital de infecciosos que Madrid necesita, es hoy una realidad dirigida por uno de sus mejores discípulos. «Descubre» las Hurdes y presenta el grave problema del bocio endémico

de nuestras montañas. En el mundo científico alborea una colosal interrogante: la cuestión de las secreciones internas. El joven maestro se adelanta a su estudio, y el resultado será la creación de un trascendente cuerpo de doctrina, cimentado sobre sus geniales observaciones. Nuestro hombre, a los treinta años, ha alcanzado un puesto de primera fila en la medicina mundial, en el que seguirá acumulando méritos, ya sin cesar. Pero todo esto es un solo aspecto. Es la categoría del superhombre en su oficio. En nuestro siglo, la disciplina médica lo abarca todo. Todas las demás ciencias están a su servicio y esto eleva a sus servidores prominentes a la máxima categoría intelectual. Todos los problemas sociales, simples escollos de la biología, adquieren una diáfana inesperada. Todo se ve más claro y más humanizado al través del prisma biológico. Y el papel de sus sacerdotes se extiende a todos los órdenes de la salud pública y de la higiene moral. Marañón tiene el gallardo gesto de afrontar en un ambiente lleno de prejuicios seculares, el problema sexual en todos sus aspectos, el de la familia, el de las edades, el de la educación, el social. El hombre superior, para trascender a tiempo, debe divulgar, hacer asequibles sin desvirtuar los fundamentos de su influencia. Y nadie ha influido sobre su pueblo en una forma tan eficaz ni más certera. Mimado por la fortuna, halagado por las clases aristocráticas, educado según los principios más tradicionales, se ha hecho, sin proponérselo, el más prestigioso paladín de los principios democráticos. Marañón ha alcanzado el mayor grado de éxito conocido en un pueblo individualista y poco propicio a las consagraciones duraderas, y ha sabido hacerse perdonar el triunfo. Marañón ha emulado a toda la juventud española a seguirle alegremente a lo largo de los ásperos caminos de la ciencia. Ha creado una verdadera aristocracia de la inteligencia. Ha ennoblecido con su sobriedad los afanes y las ambiciones juveniles. Ha hecho una juventud rebelde a todas las rémoras tradicionales. Ha interesado en los problemas patrios a todos los no profesionales de la política. Ha aplicado el sentido clínico al estudio minucioso del organismo nacional. Nadie como él conoce España. Y ha visto que España aun tiene pulso. Y luego de explorar sus funciones reguladoras, sus «secreciones internas», ha sabido sacrificar su posición y su fortuna, lanzándose a la calle con los remedios heroicos hasta que ha visto latir con violencia los resortes vitales del país. Hasta que ha visto convertirse a la oscura y perseguida minoría secular de allá cuando las Comunidades de Castilla, en una espléndida y arrolladora mayoría. Es tan intensa la obra social de Marañón, que sin haber actuado jamás en política, sin haber dejado un solo día de atender a los enfermos que de toda España vienen a él, se le ha ofrecido varias veces ser ministro, y todos creen, muy equivocadamente, que él presidiría la república española... Pero a los hombres de la talla de Marañón, no se les puede describir en la trayectoria del éxito ni el secreto de su trascendencia, pues ello equivaldría a poseer un poco la clave mágica del triunfo. A los grandes conductores de pueblos, se les puede definir la obra, y esto por exclusión, como el rastro de los meteoros, y, afortunadamente en una sola frase, con la gran elocuencia que tienen, en sí, las grandes obras. Marañón ha descubierto a España, y la ha entregado, viva y palpitante, al concierto de la civilización mundial.

Manuel Gábarain

Madrid, 1931.

Sentido americano del disparate...

(Viene de la página 364)

un grado de imprecisión mental semejante, las malas rimas en que un poeta centro-americano sufre de calor y de amor bajo el trópico de cáncer, y la retórica científica y desordenada con que un sociólogo argentino, pongamos por caso, traduce al lunfardo ideas europeas que no alcanzaron a detenerse en el Hotel de Inmigrantes.

Si dentro de la cultura hispano-americana resalta más el tono hiperbólico de los hijos del trópico y en un diario de tierra caliente se denomina a una señora «dama coruscante» y a un poeta «apolonida epónimo», tal vez más que de clima este problema sea de educación. Aquellos países han vivido una historia más convulsionada que los países australes; el mestizaje y las revoluciones fueron obstáculos para la cultura y por consecuencia el tono general de la producción intelectual fué más impreciso.

Porque esto de escribir con claridad y sentido de las proporciones, es también un problema de educación. Se escribe confusamente cuando se piensa con oscuridad y hay que rellenar con palabras gordas el teatro vacío de las ideas. La lógica, la sencilla y usual lógica, es la mejor agua regia contra la retórica. Y la síntesis y la concisión solo pueden darse en mentes trabajadas por el estudio, el orden intelectual y la responsabilidad creadora. Recuerdo en auxilio de lo afirmado un curioso ensayo del crítico francés Albert Thibaudet, en que analizando las cualidades universalmente reconocidas de la prosa francesa: claridad, concisión, lógica, demostraba como estas cualidades estaban en relación con ciertos métodos de la enseñanza francesa. Ningún tipo de educación hacía notar Thibaudet, puede dotar a quienes no la tienen de facultad literaria, pero al menos puede realizar en el individuo cierto proceso de orden y acomodación de las ideas; puede hacer su expresión más clara y comunicativa. Y citaba el ejemplo de la Escuela Normal Superior de París, cuyos alumnos aunque con vocaciones científicas muy distintas, eran—merced al entrenamiento mental de dicha Escuela—, expositores fáciles, comprensibles y correctos de su especialidad o de cualquier asunto de interés público. Así el pensamiento francés—no solamente en las obras de los grandes escritores—sino en un sencillo y útil libro de síntesis, puede recorrer el mundo y servir a la circulación universal de la cultura.

De dónde vienen nuestros dispartes

En la educación española—durante el sabroso tiempo colonial—habría que buscar una de las genealogías de nuestros dispartes. Hay en América cierta especie de personajes llamados puristas que achacan todos los vicios de nuestra prosa a una contaminación extranjera, y recomiendan que en vez de llamar *chauffer* al conductor de un automóvil, usemos la expresión más dilatada, aunque más castiza, de «pilotos automovilísticos». Como se ve, estos caballeros que sueñan con un idioma anquilosado y de larga cola, suelen ser más cursis que los propios extranjeristas o galicistas. Escriben una prosa calcada de viejos modelos españoles, muerta y en descomposición, sin el aliento de nuestro tiempo. Tienen un clasicismo grotesco que es al verdadero, lo que el cartón piedra es al mármol.

Pero en la actitud mental que nos impuso España en los días coloniales, en esa Teolo-

gía y muy ornamentada Retórica de nuestros viejos seminarios y Universidades, en el desdén por los hechos y las experiencias en que se basaba todo conocimiento colonial, habría que buscar los antecedentes históricos de nuestro verbalismo. Acaso el método colonial ensambló bien con algún imperativo étnico de nosotros, pues dentro de la España misma teníamos otra tradición.

Los hombres que hicieron la conquista de América en el siglo de xvi y describieron el espectáculo que se desplegó ante sus ojos, escribían de otra manera. Y en primitivos escritores de nuestra América como Oviedo, Bernal Díaz del Castillo o el Inca Garcilaso, tuvimos un modelo de aquellas cualidades que faltaron después en nuestra prosa: sencillez, familiaridad, exactitud.

Pero en el siglo xvii cambia esa tradición. Los guerreros del siglo xvi se convierten en hombres sedentarios. A la conquista activa e impetuosa sucede la colonia adormilada. Viene de España a Lima y a México, el conceptismo y el culteranismo. Fórmulas preciosas para aquellas Universidades y Seminarios que tendían a disimular el pensamiento. Surge en las capitales de los Virreinos una literatura cortesana y devota, de largos títulos, que se esconde de la naturaleza detrás de la alegoría. Literatura de claustro pleno y de doctores en sus bien enjaezadas mulas, canta la llegada de un Virrey, una fiesta de toros y cañas o la pompa de un auto de fé. Batallan y se esfuerzan los doctores en un verdadero torneo de lo absurdo. El mérito de las obras se juzga según el número y calidad de los esdrújulos, abundancia de lo decorativo, fuerza del retruécano o empleo de lo mitológico. La «máquina alegórica», lo humano y lo divino, como decían los retóricos del tiempo. Y hasta en una casera y vulgar novena que las damas de la Asunción del Paraguay, rezarían en compañía de sus criadas a fines del siglo xviii se leen estas expresiones:

«Día virgíneo o sábado mariano. Obra patérrica de exhortación a la devoción florida de la Reina Santísima de los Cielos».

Así no es extraño

Así no es extraño que en cierta zona de la mentalidad hispano americana, el pensamiento aún esté entrabado por esta inexpresiva palabrería. Nos dejó la Colonia su desdén por los

hechos y el amor de la hipérbole y las palabras esdrújulas. Llegan libros a la América española, se modernizan los métodos de educación, pero la mentalidad colectiva—la muchedumbre de malos poetas, los cultivadores del tropicalismo intensivo—siguen ofreciéndonos sus productos grotescos. Aquí tengo como un ejemplo revelador un librito centroamericano, en el cual la colaboración de diez escritores, sirve para dar a nuestra observación el carácter genérico y colectivo que queríamos. Se trata de un poeta salvadoreño, Don Rafael García Escobar, que antes de lanzar al mercado un nuevo libro de poesía, titulado *Rosas de América*, compila las opiniones que su anterior labor literaria ha merecido a sus críticos. Si el señor García Escobar escribe tan mal como quienes lo juzgan, no le auguro mucho éxito a sus *Rosas de América*. Porque estos artículos de propaganda y de crítica, constituyen en sólo catorce páginas, el más fantástico florilegio del disparate que sea concebible. Toda mesura, comedimiento y deferencia por las ideas y por la lógica, están ausentes. Dijérase un jardín paradisiaco donde no hubiera penetrado la malicia. Son diez hombres ingenuos que profieren palabras y palabras sin medir su sentido. Se entregan a la inconsciente eufonía que forman al juntarse esas palabras, y el «aspid del conocimiento» (para escribir en lenguaje tropical), no les hiere. Gente feliz e inconsciente.

Por ejemplo, un señor que se firma Dr. Enrique D. Tobar y R., y fecha su artículo en Lima, dice que García Escobar es un poeta que canta «a la dama que suspira sincrónica junto a él». García Escobar es un poeta viajero y en cierta ocasión llega a La Habana. Periodistas y malos poetas lo visitan y describen el suceso poético con frases como la siguiente: «Su estro multicolor y poliforme canta la exuberancia paradójica de los bosques centroamericanos. Enarbola frecuentemente el pálido estandarte del hastio, quizá como tributo a infinitos dolores ancestrales, rebeldes a la palingenesia operada en el cruento laboratorio de la raza». Otro hace prosa rimada y empieza su crónica de esta manera: «Habana, cuatro de abril—noche cálida e ingrata. En el Salón de lectura del «Centro de Dependientes», mitigo el hastio devorador de mis horas—monstruo adormecedor—atándolo a las páginas de un libro o a las columnas de un diario informativo». De pronto en ese ambiente de sociabilidad comercial, la poesía de García Escobar es «una factura lírica», es como los «mirajes de un caleidoscopio inefable y cruelmente mágico», Don Dionisio García Martínez, crítico

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.
Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

de la revista *Cuba y España*, dice que García Escobar «ha sostenido largos y provechosos coloquios con los poetas líricos de la civilización helénica del siglo VI y VII como Anacreonte de Teos, Píndaro el divino, Simónides de Ceos, Safo y Atico, los cuales dejaron en su espíritu la quitaesencia de las formas perfectas. Lo poetas del Imperio Romano de Octavio Augusto, Propertio, Tibulo, Horacio y Ovidio, así como Homero, el sublime ciego, parece que hubieran perfeccionado su gusto de estirpe refinada. Admirador de Quintana, Tassara, Nú-

ñez de Arce, Heredia, sus estrofas tienen sabor clásico y sonoridad de trompas broncíneas».

Estas «trompas broncíneas», o mejor de caña hueca, son las que ahogan toda voz de cultura moderna que quiera levantarse en Hispano América. Es ya hora de reaccionar contra el tropicalismo. Conocemos el fenómeno y la manera de desviarlo. Mientras en nuestro continente, se piense, se escriba y se obre de esta manera—porque el verbalismo contagia también la acción y la vida—seremos pueblos inferiores.

Mariano Picón-Salas

Santiago de Chile, 1930.

Dos libros de Picón Salas...

(Véase de la pág. 364)

también el «otro» apoyo. La flotilla yanqui del Caribe cazaría, como en los tiempos de la guerra mundial a los barcos de Alemania, a la primera goleta sospechosa que se acercara a las costas de Venezuela. En esta función de policía y vigilancia le ayuda eficazmente el imperialismo anglo-holandés, que inclusive ha destacado uno de sus cruceros más poderosos — el *Kostenaar* — para patrullar continuamente el litoral de la República, desde la península de la Goajira hasta el Morro de Barcelona. Este entendido entre el banditaje imperialista y sus procónsules criollos lo precisa así Picón Salas: «La bárbara energía que despliega en sus relaciones con los nacionales se torna por contraste en ciega sumisión cuando entra en contacto con las fuerzas externas más poderosas. Sabe que sólo ese halago a los intereses del imperialismo puede sostenerlo, y el jefe de la horda se transforma así en dócil administrador de la penetración imperialista. Hay de parte a parte — Caudillo e Imperialismo — un tácito contrato bilateral de muy claro contenido. Así las fuerzas de Gómez en Venezuela no serían ya tan sólo las fuerzas rurales en que se afirmara, sino su docilidad ante la presión del capitalismo extranjero. Pronunciemos la palabra «petróleo» que en la política actual de Venezuela, como en la política mexicana de los últimos días del porfiriato y del huertismo, nos aclaran muchos problemas». En efecto, esos trescientos y tantos millones de dólares invertidos por Wall Street en Venezuela, esas ganancias fabulosas que se reparten los tenedores de acciones en empresas explotadoras de los petróleos venezolanos⁽¹⁾, explican el celo con que la Secretaría de Estado aplica su servicio internacional de espionaje a la vigilancia de los sectores activos de la oposición y los regalos de estatuas de Henry Clay y ese intercambio frecuente de «piropos» entre los embajadores de la Casa Blanca, desde aquel Preston Mc Goodwin que dirigió los primeros asaltos yanquis contra el petróleo venezolano hasta este James R.

Sherffield, «maestro de cinismo con larga práctica en México», de hoy, y los representantes con borla y casaca del régimen factorero, entreguista, de los Gómez. Esos yanquis de «traje kaki, revólver Colt y encendedores automáticos», ironizados en una de las páginas más viriles de *Odisea de Tierra Firme*, desfilan cargados de insolencia y de seguridades de impunidad por todos los caminos de la Venezuela de estos días, vigilando de cerca los intereses de la *Standard Oil*. Detrás de ellos, garantizando esa «vigilancia» y la estabilidad del régimen que la autoriza, está la máquina militar del imperialismo yanqui. Entre el conquistador extranjero y los despotas nativos ha habido, pues, en toda época, una alianza tácita, asimilable a los contratos sinalagmáticos, creadores de obligaciones bilaterales. Alianza cuyo resultado en el orden económico—ya quedó precisado más arriba en el orden político—lo subraya así Picón Salas: «Enriquecimiento desapoderado de unos pocos (los palaciegos que utilizó como agente el imperialismo) y empobrecimiento de los otros (la vieja gente nativa que mantuvo la realidad agraria de la tierra. Huelga decir—concluye—la dificultad de una conciencia para levantarse con su verdad, en medios como esos donde la estructura aún bárbara de la organización social se complica con las fuerzas corruptoras, silenciadoras, del Imperialismo».

Si estamos acordes con Picón Salas cuando este señala el papel fundamental que juega el imperialismo en la persistencia del caos venezolano, en cambio diferimos de su criterio cuando enfoca el otro factor determinante de esa situación: el interno. Picón Salas ve un problema de razas donde nosotros, marxistas de fe confesa y militante, vemos un problema de clases, solucionable sólo clasísticamente, revolucionariamente. Con «prejuicios de hombre blanco», a pesar de su empeño declarado de proceder en contrario, abordó el análisis de nuestro medio indiferenciado. A través de sus páginas, como sostenido diapasón, está la nostalgia por la «Venezuela civil de los «godos»⁽²⁾. Esta nostalgia adquiere

un tono patético de reproche cuando pone a contemplar por gente de Barinas, en trance migratorio hacia las ciudades de la Cordillera ante la amenaza de las montoneras federalistas, la arquitectura a medio levantar de una iglesia, «que los hombres blancos no terminaron de hacer, como la patria».

Esos «hombres blancos» habían demostrado ya su incapacidad para «hacer la patria». Descendientes de encomenderos, propietarios de vastos latifundios y de numerosas mesnadas esclavas, replegados en un concepto de aristocracia de raíz agraria más que de sangre.—en Venezuela, tanto o más que en los demás países de América, se improvisó la «nobleza», mediante el expeditivo procedimiento de las llamadas «gracias al sacar», las cuales transformaban al precio de «veinte y dos mil reales de vellón» en «hijosdalgos de solar conocido» a judíos conversos, penados de Ceuta y aventureros internacionales—, habían hecho para sí y en nombre de sus intereses de clase, la revolución de independencia. Disputaron a España, a la metrópoli, el derecho a ejercer ellos mismos la explotación directa de las masas, la «tiranía activa y doméstica». La constitución sancionada el año 11 por la Constituyente de Caracas, las promulgadas en el curso de la primera República, si reflejaron en el campo de las garantías políticas buena parte del vago humanitarismo de los Enciclopedistas, en cambio dejaron intocada la infraestructura económica, determinante de los procesos de producción y por consiguiente, de todas las relaciones sociales. En 1830, cuando se escinde Venezuela de la Gran Colombia y comienza su vida autónoma de nacionalidad, el panorama económico-social de la República continúa siendo idéntico al de los días de la colonia: de un lado, minorías explotadoras, blancas o «blanqueadas», detentadoras de la tierra y comenzando a utilizar una incipiente organización mercantil urbana,— «canastilleros» llamaban despectivamente los latifundistas con tradición de riqueza a esa burguesía improvisada en el curso de la guerra contra España,—y del otro lado, grandes masas explotadas en el campo y la ciudad, multitudes indias, negras y mezcladas para quienes la «independencia» no se había realizado y para quienes, en cambio, el proceso de acumulación de miseria se cumplía con la fatalidad de los ritmos sociales. Esta injusticia fundamental vicia de inconsistencia, de equilibrio mentiroso, de falsa democracia, la gestión de todos los gobiernos «godos», del 30 al 48. Ellos incubaron, por su falta de visión al no darle beligerancia a las clases proletarias, apenas intuitivas de su rol histórico, mas ya urgidas de comparecencia, toda la violencia desencadenada en nuestras guerras civiles. Y no es el caso de repetir aquí la socorrida afirmación, tan grata a los de la historia como anécdota, de que esas guerras fueron la obra exclusiva de ambiciones caudillescas. La nación—lo único fundamental para quienes, por consecuencia a un método, no podemos ver en la historia sólo biografía, sin negar por eso el papel creador del

(1) Ilustraremos nuestras afirmaciones con estas cifras, escogidas al azar: la *Lago Petroleum Co.*, subsidiaria de la *Standard Oil* con explotaciones en el Estado Zulia, repartió cerca de \$ 5000.000 en utilidades en el solo año de 1927. El total de su capital invertido era entonces de \$ 3500.000. (Datos de *Lufwell Deany. We fight for oil.*)

(2) Durante la guerra de independencia, se llamaron «godos» en Venezuela a los defensores del Rey. En la república, fue heredado el nombre por la fracción que gobernó durante el período 1830-48.

grande hombre—se lanzó siempre a los campamentos respondiendo a necesidades de clase vagamente intuitas. Pero a necesidades de clase. Así como en los días de la primera República los llaneros no poseyentes se compactan alrededor de Páez, cuando les ofrece la tierra de los españoles latifundistas, así también se compactarán los serranos de Carabobo alrededor de Julián Castro, el 58, cuando éste promete a sus voluntarios que el Estado cargará con las deudas agobiantes, a favor del «godismo» prestamista y usurario, soportadas por aquéllos; y el 59 comenzarán los llaneros a simpatizar con la causa federalista cuando sus primeras montoneras exigen del comercio urbano moratorias para los deudores fallidos, campesinos pobres a quienes explotaban los traficantes de añil; y esa simpatía derivará hacia una resuelta cooperación cuando Martín Espinoza, precursor, a pesar de su barbarie, del Emilio Zapata mexicano, agita en sus banderas aquella palabra de orden arrancada a la propia entraña popular: «Hagamos patria para los negros y para los indios.» Que los caudillos y sus camarillas «científicas» explotaron estos anhelos de igualdad económica para llevar a las masas a la plaza pública y a los campamentos revolucionarios, es indiscutible; como lo es también, que luego los intelectuales de las Constituyentes, en beneficio propio y en el de sus jefes con charreteras, y en definitiva para defender sus intereses de clase, cambiaron por sofismas hábiles la verdad de los movimientos multitudinarios. Esto explica porqué los gobiernos llamados «liberales», continuando la tradición de los gobiernos «godos», mantuvieron y mantienen intactas en la república las instituciones feudales de la colonia. Y justifica plenamente nuestra actitud liquidadora frente a todos los gobiernos habidos hasta ahora en Venezuela, llámense «godos» o «liberales», «azules» o «amarillos», «eclécticos» o «intransigentes». En su composición común de gobierno de clase explotadora radica su incapacidad, también común, para interpretar las apetencias populares; y no en el hecho de que tuviera la piel de sus gestores pigmentos colorantes de un signo dado en mayor o menor cantidad. Las dictaduras civilistas del Perú han sido impecablemente «blancas». Y despotizaron al Perú y vendieron al Perú. En esta Costa Rica donde escribo, país que no contempla el problema de la mezcla de razas, reclutó Tinoco sus colaboradores para la dictadura de los treinta meses entre los hombres más «blancos» de la nación; y, actualmente, son ellos mismos quienes ponen los prestigios de su talento y de su piel insospechable al servicio de la *United Fruit Co.* y de la *Electric Bond and Share Co.* Es que aquí y en Perú y en Venezuela, como en el resto de América latina, los desaciertos y fracasos de los gobiernos llamados democráticos, tanto en el orden interno como en sus relaciones con el imperialismo, han tenido y tienen una clara filiación clasista, y no racial.

Para nosotros, venezolanos recién incorporados a las luchas sociales, es ejemplo que obliga el de estos hombres como

Picón Salas. Pertenece a la generación que nos precede inmediatamente, en el tiempo y la actuación. La de los días de la guerra europea, cuando se creía en Wilson y en el «pacifismo internacional», y en la Sociedad de Naciones. Generación desquiciada interiormente por ese quebrantamiento de valores que fué la guerra imperialista del 14, y que careció por esa circunstancia de directrices definidas por donde erumbar sus actuaciones iniciales. *Buscando el camino...* es el título, sugeridor de ese momento psicológico, del primer libro de Picón Salas. En él se definía ya como el intelectual de trabajada cultura, —algo muy diferente del literato improvisado tan frecuente en nuestros me-

dios perezosos, — en posesión, además, del instrumento de un estilo propio. Entonces llamaba todavía Maestro a aquel farsante de Díaz Rodríguez, funesto como ciudadano y creador como literato de la escuela azúcar cande, mas ya era el intelectual de juicio ponderado. Ese intelectual se nos presenta ahora, con y élan de ensayista, en estos últimos libros. Y por encima de eso, y valiéndose infinitamente más que eso, está su actitud de hombre en la brecha, leal a sí mismo, en valiente oposición a la de la mayoría absoluta de sus compañeros de generación, quienes arrastran por consulados y legaciones del despotismo la miseria dorada de una librea.

Rómulo Betancourt Costa Rica, junio de 1961.

Loreley, novelista y poetisa mexicana

= Escrito del autor =

Como cuando la frase acre se nos mancha de ternura al exteriorizar una emoción, diré unas cuantas palabras sobre una mujer de la América nuestra: Loreley.

Su voz nace en el rompeolas de la raza indohispánica. En la frontera de México y los Estados Unidos de Norte América. Allí, donde el espíritu de Ariel parecería irse extinguiendo por una razón de influencia y contraste con el de Calibán, y que, sin embargo, alcanza culminaciones extraordinarias con Fray Servando de Teresa y Rier, Alfonso Reyes, Carlos Barrera y Miguel Martínez Rendón.

Conoci a esta mujer por Gabriela Mistral. Ambas eran amigas dilectas cuando la chilena se hallaba entre nosotros comiendo santamente el mismo pan.

Loreley, sobre todo, es periodista: lo cual no aminora en lo absoluto su prestigio de orfebre, sino que por el contrario la agiganta y nos la vuelve múltiple, dinámica. Hoy mismo, publica un magazine en los Estados Unidos: *Alma Femenina*.

Pasaron los días de mi dichoso conocimiento, y vino la sorpresa deseada con sus tres últimos libros: *Alas y Quimeras*, *Escucha*, y *Tentáculos de Fuego*.

No hablaré de ella en lo que se refiere a su prosa, porque la crítica autorizada al juzgarla, estableció un para-

lelo entre ella y la Rachilde acertadamente. De sus poemas sólo diré breves palabras que sirvan de guía a quienes no la conozcan.

Escucha, con que se nos reveló, es un brevario pleno de ansias. La técnica en sí, está dentro de las escuelas novecentistas, pero también no fuera de los atisbos de renovación y juventud. Sinceridad creadora a torrentes por las hendeduras de las siete llagas humanas.

Yo creo, para mí, que Loreley, es la poetisa mayor del México actual; comparable únicamente a Sor Juana y superior a María Enriqueta; distante en tematismo y método a las jóvenes escritoras de nuestro país. Como novelista, nada tiene que desear en realizaciones artísticas a muchos hombres. Sus poemas y novelas, emocionan. La ideología está llena de bondad cristiana pero es recia. En el secreto es valiente, logrando modalidades discretas e inimitables.

Loreley, alcanza la edad madura. Nació en Monterrey, Estado de Nuevo León, México. Hija de campesinos, sabe interpretar con hondura los sentimientos y problemas de su pueblo, y su claro talento la lleva tan lejos, que un día su nombre será orgullo continental y su prestigio quedará grabado como el de Ramón López Velarde, en el crestón más alto del Certo de la Silla, haciendo honor al símbolo de su escudo reinero.

Alfonso Fabila

Poesías de Loreley

En la estepa

*Va torvo y callado por la estepa blanca
el viajero solo, que mustio, y sombrío,
irguese arrogante desafiando al frío.
La horda de lobos en negra barranca
aulla cobarde a orillas del río.*

*La noche su monto de sombras extiende;
la nieve se afirma, y' allá en lontananza
ninguna linterna amiga se enciende.
Y así, por las sombras, semeando un duende,
el torvo viajero avanza... y avanza.*

*Los lobos aguzan sus garras traidoras,
llameante el ojo y el bello sediento.
Mientras, en la estepa silba y ruga el viento;*

*alongas y quietas transcurren las horas
y el hombre prosigue... detiene el aliento*

*de los fieros lobos, que allá en la barranca
cobardes se ocultan y al verse vencidos,
como por encanto callan sus rugidos.
Y el viajero sigue por la estepa blanca,
en el infinito sus ojos perdidos*

*Así va mi alma—viajera perdida—
no espera de nadie ni auxilio ni amor.
Sus armas son armas que forjó el valor...
Así va mi alma—Viajera en la vida—
retando a los lobos de su gran dolor.*

Yo no encuentro nombre

¡Madre! Así me dices
porque tengo lágrimas
para perdonarte
cuando haces locuras.

Amiga, me nombras
por que tengo besos
quietos y serenos
de consolación.

Y Hermana me llamas
cuando va mi mano
en tu mano presa
y en la luz opaca
del atardecer.
caminamos juntos
en la deliciosa
hora espiritual.

Yo, no encuentro nombre
para tu cariño:
Aurora te llamo
al amanecer.

Perfume, si hay rosas,
Rumor si arroyuelo,
Trino, si las aves
dicen su canción.

Luz cuando de día
fulgido es el sol,
y Sombra si llega
la noche callada,
y Amor,
si dialogo
con la inmensidad.

Yo, no tengo nombre
para quien me dice:
Madre...!
Amiga...?
Hermana...!

Sus manos

¿Y cómo he de perderlas?
Cristo el de las divinas
manos tristes... llagadas,
tu sabes si mi vida
tiene otra luz que alumbre
su oscuro derrotero...

Por eso amo sus manos
que cierran mis pupilas
y saben el secreto
prodigioso y sublime
de la consolación.

Cristo... no he de perderlas.
Sus manos son misterio
taumaturgo, en mis negras
horas de abatimiento;
cuando mi frente es presa
de toda aquel pasado
de sombra... Sus manos son,
las que borran la huella
y hacen que surja pura,
la confianza y la fe.

Consérvame sus manos!
Esta miseria enorme
de dichas, en mi vida,
no tiene más abrigo
que la tibieza blanda
de sus manos de amor.

Oh tú, Rey de los Reyes,
dueño de tantos dones...

A mí, no me des nada,
solo dame sus manos
como único don.

El hijo tuyo

Los niños están jugando
en la arena del jardín.
Hay uno rubio que tiene
los ojos azul turquí;
y otro, cuya piel morena
doróse al fuego solar.
Y de la ronda—apartado—
está llorando muy triste
uno pálido, enfermizo,
que en cobre hicieron
sus rizos,
y tuvieron sus pupilas
con el glauco de lo mar.

La tarde suspira y muere
y la luna, viene ya
a vestirle se mortaja
de desmayo y placidez.

Los niños siguen jugando
y sigue mi loco afán,
pensando en el hijo tuyo
que yo nunca, te he de dar.
¿Será rubio? ¿Será pálido?
¿Azabache ha de poner
el misterio en sus cabellos?
¿Cómo será el hijo tuyo,
que yo nunca, te he de dar?

Paseándose va la luna
en el jardín que se llama
la Divina Inmensidad.
Cada estrella es una rosa
que engala su pasear.
En el Jardín de la Vida
los niños jugando están:
uno es rubio, el otro pálido
y el otro, moreno y recio
como el hijo que has soñado
y que nunca te daré.

Los tres besos

Y cuando adios le diga,
yo besaré su frente.
Haré la cruz de besos,
diré el viejo conjuro:
¡Oh Dios, líbrale siempre
de malos pensamientos!

Al ir a despedirme
yo besaré su boca,
con un beso muy largo,
con un beso profundo,
que para siempre extinga
anhelo de otros labios.

Al irme para siempre,
descubriré su pecho
y he de besarlo tanto...
Que ya no podrá nunca
albergar nuevos brotes
ni raíces de amores.

¡Mis tres besos fatales!
¡El primero en la frente,
el segundo en la boca
y el tercero en el pecho,
para que Dios te libre
de poder olvidarme!

Y yo no tenía más que sus caricias

Me he quedado sola... Y yo no tenía
más que sus caricias, Divino Señor!
Me he quedado sola... Iré por la vía
llevando la cauda de mi gran dolor.

Ya no habrá una boca que busque la mía
ni que enjague el llanto que dejó el amor;
me he quedado sola... Iré por la vía
con el alma muerta, Piadoso Señor.

Jesús, tú que sabes prometer al triste
milagros sublimes de consolación,
ciérrame la herida ya que me la abriste.

¿Por qué he de perderlo? Si tú me lo diste,
Señor! Pon tus manos en mi corazón
grávido de ausencia y desolación.

Estampas

El caso memorable de Tiberio Graco De la civilización como rutina

—Colaboración directa—

En la manera como perduran los sacrificios que los hombres hacen en bien de los pueblos, hay un aliento hondo para los reformadores sociales y para los que, sin aspirar a esa categoría creadora, trabajan resueltamente por el bienestar común. Pasan siglos enteros y si un espíritu fuerte emprendió una lucha noble y no temió al abismo que a sus pies abría la atracción horrible, nada se llevan ni esfuman las fuerzas de esas centurias. En la Roma del año 133 surgió Tiberio Graco lleno del anhelo de hacer por su pueblo una obra de inmensa trascendencia. Cuántos milenios han transcurrido desde entonces. Lo que el tribuno tenaz y visionario concibió y puso a regir parece estar dictado para los pueblos de nuestros días. El romano nació con su ímpetu reformador y se planteó los problemas y dictó la legislación. El pensamiento penetra en los hechos de esa vida ilustre y vuelve anheloso

de volver a contar lo que ella fue y realizó.

Por aquellos tiempos—citamos a Arturo Rosenberg—Grecia había extendido sobre Italia ideas socialistas. Naturalmente, fueron ideas de un socialismo moderado, acomodadas a aquel mundo sin las complicaciones traídas por la industria y el capitalismo modernos. Pero ideas socialistas, sin remedio. Había acomodados y desacomodados. Había los grandes latifundistas y los que no eran dueños ni de una pulgada de tierra. Había los que padecían hambre y sustentaban el parecer de que los que no la padecían quedaran obligados junto con el Estado a que nunca les faltara a los paupérrimos el bocado de pan. Había los que no tenían como pagar un albergue y los que rentaban muchos albergues; y como consecuencia vino el parecer de que los primeros debían vivir gratuitamente y los segundos con-

sentir en esa magnanimidad. Era un mundo de grandes inquietudes, porque esas ideas socialistas no llegaron a un pueblo quieto. Nutrieron el descontento de muchas vidas y las precipitaron a pedir el exterminio de los propietarios y que sus bienes fueran confiscados.

La época era de inquietudes. Tiberio Graco se define resueltamente y como tribuno formula un proyecto de ley para que nadie pueda ser dueño sino de una extensión moderada de tierra. Los latifundios era cosa monstruosa que mantenía en la indigencia a millares de seres. El mismo Tiberio era latifundista, pero su reforma agraria nada tiene que considerar a un Graco que se pone al servicio de su pueblo. Por el repartimiento de la tierra batalló sin fatiga ni capitulación. Se enfrentaba a los grandes propietarios que defendían sus posesiones y soltaban en esa defensa el inmenso poder de sus riquezas. Pero Tiberio no era un improvisado en aquella reforma. Todos los recursos para hacer victoriosa su causa salían impetuosos de su imaginación. Los ciudadanos también lo animaban y cuenta Plutarco que lo excitaban «por medio de carteles, que aparecían fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, a que restituyera a los pobres las tierras del público».

El por su parte subía a la tribuna y le decía a ese pueblo conmovido por ideas socialistas: «Las fieras que discurren por los bosques de la Italia tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por la Italia sólo participan del aire y de la luz, y de ninguna otra cosa más, sino que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores; sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dicen que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio». Su elocuencia era tremenda y la ley agraria rigió por ella que la impuso.

Mas si se perfila en esa lucha, el tribuno invencible, los grandes propietarios también dejan asomar su faz combativa. No sufrían resignados el repartimiento de tierras. Tiberio Graco era acechado y la tormenta que había producido lo devoró. Los grandes propietarios de tierras se resolvieron ferozmente y en una sedición sangrienta quedó muerto el Graco de ideas revolucionarias.

La meditación encuentra en los hechos de esa vida fecunda la enseñanza perdurable. Del mundo helénico, del siglo II antes de Cristo, corren las ideas socialistas a la Italia. Una civilización invade otra. Y llega precisamente a conmover una humanidad que padece. Se levanta el espíritu que aspira a redimirla y es un espíritu de reformador. Comprende los males de las desigualdades que sufren a su pueblo y toda la aspiración vehemente de su corazón es acabar con

ellas. Hace cosas grandes y nobles. Las consideramos pasados siglos y nos sorprenden por la vida eterna que las anima. ¿Cómo es que en un mundo tan distante haya podido existir el problema del latifundio? ¿Cómo es que para combatirlo hubo un hombre que pudo verlo con tanta claridad?

Volviendo a contar los hechos de la vida de Tiberio Graco se siente el ánimo dispuesto a la reflexión. A una reflexión llevada a cosas de nuestro tiempo. Perdura la enseñanza dejada por el tribuno romano, porque la dió a los hombres con nobleza, porque el amor por su pueblo fue un sentimiento verdadero. No mintió cuando dió la batalla para el repartimiento de las tierras. Buscaba un bienestar agrario, quería ver los campos trabajados por un proletariado que daba su vida a una clase rica e inmisericorde. Él mismo salía de esa clase y la conocía para enfrentársele sin miedo. Y su ley menudeó la tierra y quitó muchas congojas. Por este gran bien hecho a aquella humanidad es por lo que no perece el relato de la vida de Tiberio. Se vuelve a contar sin cansancio, como si se hablara a un gran público que sufriera las miserias derivadas por males como lo del latifundio. Se vuelve a contar como si de pronto, en medio del relato fuera a salir una docena de Tiberios de visión creadora, dispuestos cada uno a buscarle solución a otra docena de problemas que piden guía y ejecutor.

En estos días en que unas vidas dicen que hay mucho dolor y mucha miseria que deben remediarse, y otras vidas las condenan porque el remedio lo sitúan en las ideas comunistas, parece cosa de gran provecho recordar siquiera brevemente lo de este Graco ilustre. Posiblemente cuando la intransigencia romana intentó ahogar en la censura las ideas puramente socialistas llegadas de Grecia, habló de civilizaciones. Es el procedimiento de mayor efecto y no han debido desconocerlo en ningún tiempo los

guardianes de severa intransigencia. Pero Tiberio dió la batalla y no trató de enredarse en civilizaciones. No hay para hallarle remedio a las miserias de los hombres, distinguos de civilizaciones. Cuando un pueblo sufre y da al traste con las cadenas, las mismas normas que siguió ese pueblo sirven para libertar a cualquiera otro. El dolor infunde idénticos medios de acabar con él. Siempre preparan la lucha espíritus de una gran visión. De modo que al acomodar los principios que han seguido al derrumbamiento de un sistema, esos espíritus proceden en presencia de las necesidades de su pueblo, con visión cierta del medio. De ahí que sea tan de poca o de ninguna importancia la cuestión de civilizaciones. Lo esencial es saber que un pueblo padece quebrantos y que hay que ayudarlo. Engreídos en los bienes de una civilización, de la civilización a que pertenecemos, lo único cierto que resulta es la inacción, la conformidad con todo lo que sucede. Es natural que esa es una de las actitudes más sabrosas. Lo raro es encontrar el Graco latifundista que prepara la ley que lo deja sin tierras. Porque esas comodidades que la conformidad con la civilización que se ha adoptado dan a los hombres, son el latifundio explotado a todo gusto. ¿Cómo vamos a tolerar que se nos mueva este mundo en que pensamos acabar nuestros días y en que pensamos que deben acabarlo nuestros hijos o sobrinos y sus décimas generaciones? No es posible ese golpe contra la civilización que no da penas, que es blanda, que no equivoca el camino de la casa. Cosa terrible es esa de que se trastorne el orden de nuestras vidas. La rutina es grande y en ella hay que vivir y morir. Y las civilizaciones son la más grande de las rutinas. Es por eso que en nombre de la que nos deja vivir placidamente nos oponemos a que reformas de carácter social hallen el Graco fuerte y visionario.

Juan del Camino

Cartago y junio, de 1931.

El nuevo Reichstag

— De La Nación, Buenos Aires —

El Reichstag, como todos los parlamentos, no es sólo la fábrica de las leyes, es también un club político, un centro nervioso que, cuando funciona normalmente, sirve para descargar sin peligro las agitaciones del cuerpo nacional. Así en la última reunión del Reichstag. Si no ha desaparecido, como pretendía el ministro de Hacienda, Sr. Dietrich, la psicosis política provocada por las elecciones, ha sobrevenido la primera descarga, dejando la atmósfera más limpia y los nervios más tranquilos. El nuevo Reichstag todavía no ha votado las leyes presentadas por los nacional-socialistas que ordenarían la nacionalización de los grandes bancos, la confiscación de las fortunas acaaparadas durante y después de la guerra, la limitación a un cinco por ciento del interés máximo de la renta,

medidas que ellos quieren dirigir principalmente contra el capital judío, lo mismo que la ley mosaica, también presentada por ellos, de la abolición de cualquier deuda al cabo de cincuenta años— el Reichstag no ha votado ni estas u otras leyes de las oposiciones ni tampoco los decretos-leyes promulgados por el Gobierno durante el interregno parlamentario. Ha votado nada más que el pase de las diversas leyes o, dicho más parlamentaria y exactamente, decretos-leyes y proposiciones de ley, a las comisiones correspondientes. En la fábrica legislativa se han distribuido las primeras materias y, cuando esto escribo, ha empezado apenas la elaboración. Lo cual no obsta para que se haya producido un primer hecho terminante con haber estado reunido el Reichstag, aunque escasos días, sin pro-

vocar la dimisión o dictadura del gobierno, como esperábase en apurado dilema.

Del nuevo Reichstag no ha salido todavía una ley pero ha salido ya un hecho. Es curioso observar la evolución en el funcionamiento de los parlamentos europeos. El alemán no es en ella una excepción; sigue la regla rigurosamente. El Parlamento llegó, como tanto se le ha achacado, a utilizarse más como instrumento político que como órgano legislativo. Acusósele de entorpecer la acción ejecutiva de los gobiernos en vez de proveerles de buenas leyes, es decir, acusósele de entorpecer el cumplimiento de las leyes más que de hacerlas. El descrédito del parlamentarismo provino de esto. Decíase que debía recobrar su crédito cifándose estrictamente a su función de legislar. Tal quiso remediarse generalmente en las democracias. Se puede notar en los penúltimos parlamentos cierta tendencia a simplificar su función fiscalizadora mientras ampliábase la legislación. Cedía el Poder Legislativo ante el Ejecutivo. Estos dos poderes que, como la acción y el pensamiento, parecen antitéticos, no han sido armonizados más que teóricamente en la instituciones europeas. En las americanas tampoco han sido realmente armonizados; en teoría, las constituciones americanas diríase que han buscado la armonía de los contrarios. Llevando la antítesis al poder ejecutivo todo su poder (sistema presidencialista) y al legislativo también el suyo enteramente. En América han enganchado los dos poderes como dos locomotoras impulsadas en direcciones opuestas, dejando al vapor y a las circunstancias la decisión que puede ser inesperada y paradójica como el caso histórico del tratado de Versalles, elaborado en parte bajo la influencia del presidente Wilson y rechazado en absoluto por el Senado norteamericano; pero el procedimiento es franco, mientras que en Europa el procedimiento de coordinar los dos poderes, de hacer que las dos locomotoras vayan enganchadas, suele ser hipócrita y consiste en apagar ocultamente los fuegos a una de las dos; lo maestro es apagar el fuego a la que se adelanta y parece arrastrar a la otra cuando en realidad es la que va, si no arrastrada, empujada.

Simplificando su acción fiscalizadora y extendiendo su acción legislativa, el Parlamento parecía, después de la guerra, haberle tomado de nuevo la delantera al poder ejecutivo de los gobiernos. En realidad iba delante de él, según la treta que aconsejaba Quevedo a los hombres para hacerse seguir de las mujeres: ir delante de ellas. La última reunión del Reichstag acentúa la evolución parlamentaria posterior a semejante momento. Después de haberse puesto el Parlamento delante del Gobierno, quevedescamente, el Gobierno se ha puesto detrás del Parlamento maquiavélicamente. Es lo mismo, sólo que todo lo contrario. Maquiavelo, Quevedo, estas evocaciones vienen aquí con toda puntualidad. Quevedo fué un político maquiavélico, sobre todo en Italia; pero Maquiavelo tomó su

Indagación

Queremos hacerla, con el ánimo de ayudarle al escritor cubano y amigo Félix Lizaso (Comisión de Servicio Civil, La Habana, Cuba), que está trabajando en la biografía de José Martí. Hay que recoger más datos, hay que completar o comprobar los que se tienen. Se aspira a reconstruir lo más fielmente posible la vida y la personalidad de José Martí. Dos son las preguntas:

- 1.—¿Cómo recuerda Ud. a José Martí? Circunstancias en que lo conoció. Rasgos físicos, morales, intelectuales.
- 2.—¿Cómo era el carácter de Martí? Anécdotas que recuerde.

Las personas que hayan sido amigas de Martí, que se enteren de esta indagación y que quieran responderla, dirijanse al Sr. Lizaso en la Habana o al editor del REPERTORIO AMERICANO en San José de Costa Rica.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE
Editores: ORSINI BERTANI & CIA. Montevideo
Precio del ejemplar: 0.40 oro
Redacción, Administración:
Rocque GRASSALES 662

doctrina política de los españoles, de los aragoneses (Aragón que tiene fama por su franqueza es, naturalmente, la tierra del maquiavelismo). La lucha entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo, como lucha de poderes, después de polémica de ideas, es maquiavélica, es cuestión de fuerza y astucia. Si pudiera hacerse un gráfico con el funcionamiento de la máquina parlamentaria, nos daría una curva determinada por los tres siguientes puntos críticos:

a) Uso político del Parlamento para conquistar su función legislativa (Revolución).

b) Abuso político del Parlamento hasta privar, sobre su función legislativa su función fiscalizadora en competencia con el Poder Ejecutivo (Constitución liberal).

c) Desuso político del Parlamento hasta anularse su iniciativa y fiscalización sobre el Poder Ejecutivo, quedando su función legislativa reducida a la técnica (Fascismo).

Y esta curva, como se percibe enseguida, además de la línea del frente en la guerra entre los dos poderes, el Legislativo y el Ejecutivo, nos da la lucha interior, la oscilación del Poder Legislativo, cual el pensamiento, entre sus dos funciones, la de fiscalizar y la de legislar, la crítica y la creación. El

sistema democrático puede superar la crisis del parlamentarismo separando esas dos funciones. En vez de achacar al Parlamento su falta de técnica, retirársela de su funcionamiento.

Crear aparte, al igual que se hace en las buenas fábricas, un laboratorio técnico, un Consejo de Estado técnico, preparador de leyes que luego el Parlamento extendido hasta el referéndum en su poder soberano, ante el que rinde sus cuentas el Ejecutivo, acepta o no; laboratorio así, en definitiva como se tiende en toda elaboración industrial, sin obreros especializados, lo más democráticamente del mundo.

Desde luego, el Poder Ejecutivo se va convenciendo en Europa de que no puede ser él quien supere la crisis del otro poder, entre otras razones porque él, el Ejecutivo, se haya también en crisis y necesita más apoyo. Su postrer maquiavelismo ha consistido en buscarlo dentro de su contrario. Las últimas elecciones alemanas, análogamente a las últimas de Inglaterra y a las de Francia, no han dado una indicación suficientemente amplia para servir de apoyo a ningún gobierno. Ni un gobierno socialista ni un gobierno nacionalista tendrían mayoría como tampoco la tiene el gobierno republicano. Tampoco ha sido posible un gobierno de coalición y ha habido que contentarse con un gobierno de minoría, término éste admitido ya por la democracia, admitido ante la insuficiencia de los partidos y de las coaliciones. Este gobierno mínimo, este último refugio de gobierno democrático no pudiendo dominar al Parlamento desencadenado, no pudiendo aliarse, según costumbre, con unos partidos contra otros, con una parte del Parlamento contra otra, ha buscado otra coyuntura parlamentaria; ha considerado al Parlamento en vez de según sus partidos, según sus funciones, y se ha aliado con la función precisamente política del Parlamento contra la función legislativa. El gobierno del señor Bruening no ha pedido inmediatamente al Reichstag la ratificación de los decretos leyes, ni la elaboración de nuevas leyes para resolver el problema económico. En el voto que pasaba todas estas materias a los hornos, a las comisiones, le ha pedido una descarga pasional. Le ha pedido que le escamotee las pasiones, no que le resuelva los problemas. La función del Parlamento convertida así de legislativa en política, pasa por un punto crítico más en la curva de su evolución y se convierte de política en psicológica; otro punto más y será mágica, como según algunos sociólogos, el origen de la realeza, volviendo el poder caído de los reyes y en la soberanía popular, a su origen divino.

Cual por toque de varita mágica, el gobierno Bruening se ha levantado al primer ligero contacto con el Parlamento. No ha hecho falta una ley, ni una votación de partidarios; ha bastado un voto de refilón, un golpe de varita, para que el Gobierno pueda gobernar.

Corpus Barga